This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

FOR TA

HARVARD LAW LIBRARY

3 2044 061 842 001

HD

Spain

ASR 1.5.20

13
MS

DE LAS EVOLUCIONES SOCIALES

Y LOS MÉTODOS EN LA POLÍTICA

SEC. PRIV. 231
Olivart.
NÚM. OBRAS 0211
VOL. 1210

231 A 13 MS

DE LAS EVOLUCIONES SOCIALES Y LOS MÉTODOS EN LA POLÍTICA

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DE

DON DAMIÁN ISERN Y MARCÓ

EL DIA 9 DE JUNIO DE 1895

MADRID
Imprenta, Fundición y Fábrica de tintas de los Hijos de J. A. García,
CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 6.

1895

S SPA 963

DISCURSO

DEL

SR. D. DAMIÁN ISERN

Señores Académicos:

No he de hablar de mí en estos instantes, porque no debo empequeñecer la grandeza de este acto, y sólo he de aludir á vosotros para publicar mi profunda gratitud por la honra recibida, al abrírseme por vuestros doctos sufragios las puertas de esta Academia, porque cuando abruma gravísimo peso, difícilmente se acierta á hablar de otra cosa que de la enorme carga, y me siento agobiadísimo bajo la figura gigantesca de mi venerable antecesor con su fama universal labrada en largos años de incesantes esfuerzos del talento y de estudio. Además, mi biografía puede encerrarse en estas líneas: he trabajado en la prensa periódica desde que abrí el entendimiento á la luz de la razón, hasta hace poquísimos meses, por principios y doctrinas que son norte y salud á la vez de la Patria infortunada, y he defendido en obras, recibidas con más favor que justicia por los críticos y el público, lo que entiendo ser la verdad y el bien, como últimos términos de solución de graves problemas de carácter especulativo y práctico á un tiempo, que con más veras de la voluntad que seguridades del entendimiento he tratado de resolver, seguro de que, ya que se me nieguen los aciertos de la solución obtenida, no se me podrán negar nunca los nobles intentos de haberla buscado, libre el espíritu de todo linaje de prejuicios.

Y he de decirlo con sinceridad: si no para mis últimas producciones de orden científico, ajenas en gran parte por su índole

especial al caudal inmenso de los problemas planteados, estudiados y resueltos en sus obras por el Emmo. Sr. Cardenal González, para mis trabajos de polémica en la rudísima labor de una contienda de catorce años con quienes, diciéndose católicos, anteponían su juicio privado al de la Iglesia, y con quienes, llamándose librepensadores, se apartaban de la religión de sus padres, más por abusos de la libertad, que por extravíos de la razón, he acudido siempre en busca de armas y pertrechos, como á arsenal inagotable, á las obras de mi sabio antecesor, y así, suya es la gloria de los triunfos alcanzados, porque á lo sólido de los pertrechos y á lo seguro de las armas se debió que se obtuvieran. Es que esto era principalmente Fray Zeferino González: varón de su tiempo, que había estudiado profundamente en los hombres y en las producciones, en las notas características y en las tendencias, y así no puede sorprender ni admirar que los pertrechos elaborados por su entendimiento y las armas labradas por su razón sean más útiles que las de ningún otro de los grandes escolásticos para luchar por la verdad y el bien. Por este conocimiento de la época actual se explica, aún más que por el mérito intrínseco, de que se hablará luego, el éxito inmenso de sus obras, y en especial la influencia considerable, superior en toda España, con la sola excepción de algunas provincias de Levante, á la de Puigserver y Balmes, que ha ejercido en el pensamiento de las actuales generaciones. En realidad, la benevolencia con que desde la publicación de su primera obra juzgó á Leibnitz, á Malebranche, y aun en alguna ocasión á Descartes, para no hablar ahora de otros nombres conocidísimos en nuestra Patria, más que producto de su carácter, como se ha pretendido, lo era del estudio que había hecho y del conocimiento que tenía de la época presente y de la actual sociedad. Por esto ha de creerse firmemente que si, cual acontecía en otros tiempos, le hubiese ayudado la púrpura que vestía á suplir los desmayos de la modestia y el eterno huir del mundanal ruido, y hubiese sido llamado á los Consejos de la Corona, hubiera gobernado á España con tan pleno conocimiento de causa y tanta seguridad en los aciertos, como aquel otro Cardenal, ornamento de la Orden seráfica y gloria legítima de la Patria española, encarnación suprema, además de tradiciones gloriosísimas.

La índole de las obras del Emmo. Sr. Cardenal González, la

armonía que en ellas existe entre el fondo doctrinal y la forma de acomodamiento á las exigencias de la época, prueban más y más lo que acaba de decirse. Tenía mi insigne predecesor instrucción, entendimiento y voluntad para haber producido tratados de las condiciones de extensión y profundidad de los de Suárez y Soto, los astros de luz más esplendorosa que brillan en la noche de nuestras tradiciones científicas, y á pesar de esto prefirió escribir obras menos extensas, más manuables, al alcance de mayor número de inteligencias, y más útiles, por lo tanto, para la formación de las nuevas generaciones, como más apropiadas al modo de ser de los estudiosos en este incesante declinar hacia el ocaso del siglo XIX (1). Y de tal modo logró su objeto, que sin tener el espíritu analítico de Taparelli, la elocuen-

---

(1) El Padre Zeferino González publicó las siguientes obras, de todas las cuales se han hecho copiosísimas ediciones:

1.ª *Estudio sobre la filosofía de Santo Tomás.* Manila, tipografía del Colegio de Santo Tomás, 1864.—De esta obra en tres volúmenes, se hizo segunda edición en Madrid, nueva imprenta y librería de San José, en 1886. Véase el juicio emitido sobre ella por la *Revista de España*, núm. 6.º, año 1868, págs. 345 y 346.

2.ª *Philosophia elementaria ad usum academiæ et præsertim eclesiasticæ juventutis.* Madrid, imprenta de Policarpo López, 1868.—De esta obra se han publicado siete ediciones. Consta de tres volúmenes, y fué juzgada por la *Revista de España*, núm. 9.º, año 1868, págs. 166 á 168.

3.ª *Filosofía elemental.* Madrid, imprenta de Policarpo López, 1873.—De esta obra se han publicado seis ediciones.

4.ª *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales.* Madrid, imprenta de Policarpo López, 1873.—Esta obra, que consta de dos volúmenes, contiene artículos publicados anteriormente en *La Cruzada*, en *La Ciudad de Dios*, en su primera época, en *La Defensa de la Sociedad* y en *La Ciencia Cristiana*, con otros, como el que trata de los temblores de tierra, escrito en Manila en 1857, y el Sermón de Santo Tomás, predicado el 7 de Marzo de 1862, en la función religiosa que la Universidad de Manila consagró á su angélico patrón.

5.ª *Historia de la Filosofía.* Madrid, imprenta de Policarpo López, 1878 y 1879.—En la primera edición la obra constaba de tres volúmenes. Se hizo una segunda edición en 1886, en cuatro tomos.—La aparición de este libro fué saludada como un acontecimiento por escolásticos y no escolásticos. Don Patricio de Azcárate le tributó grandes elogios en su estudio *La Filosofía y La Civilización moderna en España*, inserto en *La Revista de España*, págs. 319 á 344 del tomo LXXII, año 1880, y el profesor *emeritus* de la Universidad de Lieja N. F. Schwartz publicó asimismo un artículo

cia avasalladora de Balmes, la vastísima erudición de Sanseverino y los conocimientos especialísimos de Tilman Pesch en ciencias naturales, ha ejercido aquí y fuera de estos reinos, en la América española principalmente (1), y aun en la apartada Hungría (2), más influencia que Taparelli y Balmes, Sanseverino y

---

encomiástico en lengua holandesa, que apareció traducido al castellano en *La Ciencia Cristiana*, págs. 667 á 671 del volumen XI, 1879.

6.ª *Un teólogo español del siglo XVI* (Pedro Soto), artículo publicado en *La Ciencia Cristiana*, págs. 97 á 118 del volumen XIII, correspondiente á 1880.

7.ª *Pastoral*, publicada para secundar los deseos de León XIII en su Encíclica *Æterni Patris*. Fué el Prelado que dió la voz en este sentido. Sobre esta *Pastoral* se publicaron notables artículos en diversos periódicos y revistas, mereciendo especial mención los insertos en las págs. 562 y 951 del volumen XI, año 1879, de *La Ciencia Cristiana*.

8.ª *Vidas de Ossio y del Dominico Pedro Soto* (ésta ya publicada anteriormente), insertas en el *Boletín Eclesiástico de Córdoba*, 6 de Marzo de 1883.

9.ª *Discurso de recepción* en la Real Academia de Ciencias morales y políticas en 1883, contestado por el Excmo. Sr. D. Fernando Alvarez. Madrid, imprenta de Pérez Dubrull, 1883.—Está reproducido en el tomo III de los discursos de recepción leídos ante la Real Academia de Ciencias morales y políticas, y en *La Ciencia Cristiana*, págs. 627, 687 y 753 de la serie segunda, tomo I, año 1883, y en las págs. 115, 173 y 225, del tomo II, de la misma serie y año.

10.ª *La antigüedad del hombre y La prehistoria*. Discurso leído en la sesión tercera del primer Congreso Católico nacional. Inserto en las páginas 243 y siguientes del tomo I, de la *Crónica del primer Congreso Católico nacional español*. Madrid, tipografía de los Huérfanos, 1889.

11.ª *La Biblia y La Ciencia*. Madrid, 1891.—De esta obra, en dos tomos, puede decirse que fué el testamento científico del insigne pensador.

(1) Entre las Repúblicas hispano-americanas en que más se han divulgado las obras del Padre Zeferino, y en especial su *Filosofía elemental* y su *Historia de la Filosofía*, han de contarse las de Méjico, Colombia y el Perú. En estas Repúblicas están de texto dichas obras en Centros docentes, así eclesiásticos como civiles.

(2) La mayoría de las obras del insigne Cardenal González está traducida á todos los idiomas cultos de Europa. Ha de añadirse tan sólo que en la Memoria rotulada *Christiana philosophia, Leonem XIII in regno Hungariæ provecta autore S. Kiss, in Seminario temesvar philosophiæ professore*, al enumerar los trabajos que la Sociedad literaria de San Esteban ha realizado para promover el estudio de la filosofía tomista, secundando los deseos del Papa, Sociedad que cuenta con 5.000 miembros, y de la que dicho Kiss es director, se dice: 1.º «*Opus compendiosum, sed eximium Zefe-*

Tilman Pesch, para hablar sólo de hombres de su misma tendencia filosófico-científica (1). Y esta influencia se muestra por el número de discípulos que públicamente siguen sus enseñanzas, por el número de obras que se han publicado, basadas evidentemente en todo, ó en parte, en sus principios, y por aquellas en que se aplican doctrinas suyas de unas ciencias á otras, de las puras á las prácticas, entre las cuales han de contarse, en primer término, las morales y políticas. No sé si todos los autores á quienes aludo, agradecerían igualmente que se citaran aquí sus nombres; en todo caso, basta á la gloria del Padre Zeferino que se levante acta del hecho, dejando á las generaciones de lo porvenir la justiciera labor de concretarlo, analizarlo é individualizarlo debidamente, libres de los respetos que atan á los contemporáneos en este linaje de juicios, expuestos siempre á que se atribuyan á pasiones mezquinas las exigencias más ineludibles de la verdad, expuestas en los fundamentos racionales de los fallos de la crítica.

Mas no se crea que en los méritos de la labor inmensa del insigne Cardenal González hay sólo virtud de acomodamiento de los principios y doctrinas de la escolástica á las exigencias de estos tiempos, con lo cual dicho se está que su mérito sería ya

---

rini Cardinalis Gonzalez: Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás, hungarico idiomate edidit ut ita in quinque millibus exemplarium divulgetur brevis, sed clara et suavis scholasticismi expositio.» *Los Estudios sobre Santo Tomás*, la *Filosofía elemental* y la *Historia de la Filosofía*, han sido vertidos al alemán por el docto J. Nolte.

(1) Sobre el Padre Zeferino González se han publicado, entre otros, los siguientes notabilísimos estudios:

El Padre Zeferino, por D. Alejandro Pidal, en *El Imparcial* de 24 de Mayo de 1880. Véase también la colección de escritores castellanos. Madrid, 1887.

El Excmo. Sr. D. Fray Zeferino González, presentado á Su Santidad para Arzobispo de Sevilla, inserto en *La Ciencia Cristiana*, pág. 171 y siguientes, serie segunda, tomo 1.º, año 1883.

El Padre Zeferino, estudio biográfico por D. Antonio Maestre y Alonso, publicado en tres artículos en la *Revista de España* de 1883.

El Cardenal Fray Zeferino González, artículo publicado en *El Imparcial* de 29 de Octubre de 1894.

A éstos pueden añadirse la biografía del Sr. Segovia, inserta en *Figuras y Figurones*, y otras menos notables.

sobresaliente de veras. No era mi venerable antecesor de los tomistas que creen que sólo hay un medio de serlo, y éste consiste en repetir en el siglo XIX, como en el silencio de tranquila noche repiten los ecos de las montañas la voz del caminante, lo que Santo Tomás dijo en el siglo XIII, prescindiendo, á la manera que los positivistas prescinden de la metafísica, de todo lo que en estos últimos seis siglos se ha escrito y publicado. Hasta tal punto no era así, que desde su primera obra, redactada en clima poco adecuado á las concepciones de la ciencia, se reveló como pensador de altos vuelos, al completar sus explicaciones y comentarios de Santo Tomás en relación con las exigencias y necesidades del derecho y de la filosofía novísima. Y si bien en sus cuadros de historia de la filosofía dejó que su corazón oscureciera algún tanto con los vapores del fuego del amor, y aun quizás del entusiasmo, las luces vivísimas de su entendimiento, y presentó á Santo Tomás como sol que brilla sin nubes desde el siglo XIII acá, y á los otros filósofos de primera magnitud como astros que giran alrededor de aquél y reflejan la luz que de él reciben, y, donde aquélla no llega, todo son sombras, oscuridad y tinieblas, todavía en ellos están saturados de originalidad y de observaciones agudísimas y profundas los juicios sobre Leibnitz, Malebranche, Locke, Kant, Hegel, Krause, Schopenhauer y Haekel, entre los representantes de las diversas tendencias del filosofismo moderno, y llenos de noticias nuevas, de exposiciones luminosísimas, de sentencias propias, los capítulos sobre los grandes escolásticos y sus afines, hasta el extremo de que en esta parte su obra es superior con mucho á cuanto de similar existe en el extranjero. Por lo demás, son sin duda superiores á estos juicios y á estos capítulos, en vigor de raciocinio, en abundancia de erudición, en agudeza de observaciones críticas, las páginas de oro en que se restablece la verdad de la jurisprudencia definitiva que debe regir en las críticas sobre la física de los escolásticos, que era la física de la época, y de los progresos que las ciencias naturales deben á Alberto Magno, á Rogerio Bacon, á Vicente de Beauvais, quienes, á haber vivido en tiempos más adecuados, hubieran llegado tan adelante en la senda de los progresos científicos, como los genios que han brillado en los últimos siglos. Porque no hay que olvidarlo: si bien gran parte de los trabajos de los escolásticos en las ciencias físi-

cas y naturales carecen de valor actual, todavía tienen un valor histórico que sólo pueden desconocer ó negar los que ignoran cuál era el estado de estas ciencias en el siglo XIII y no hayan pasado nunca la vista por las producciones de los grandes escolásticos, en los cuales se ve qué descubrimientos hicieron, cómo aplicaron el método experimental con el conocimiento de causa que en este siglo, en el que, después de todo, si se han realizado grandes progresos, para realizarlos se han tenido medios desconocidos por completo en otras edades (1).

Con lo dicho basta ciertamente para que se comprenda más y más que figura tan gigantesca como la de mi venerable antecesor, y conste que sólo he hablado de sus méritos científicos, y tenía otros muchos no menores (2), sea de tal modo abrumadora por su peso que me deje casi sin fuerzas y sin alientos para cumplir con mi obligación en estos instantes. Así y todo, por la fuerza del deber, he de procurar hacerme superior á mis medios, y he de discurrir con vuestro beneplácito sobre la necesidad de completar la ciencia política deductiva con las inducciones de los hechos que, como es sabido, sólo pueden obtenerse por la aplicación al estudio de la realidad objetiva del método experimental, mal llamado por Comte y Donnat, por Spencer y Bain, método positivo. ¡Como si no hubiese existido antes, mucho antes, de que el positivismo existiera!

---

(1) Especialmente de Alberto Magno consta por el testimonio de sus mismas obras que se dedicaba á la observación. En efecto, subía á las cumbres de los montes á estudiar los nidos de las águilas, bajaba luego á las serenas orillas del mar á buscar nuevas especies de animales marinos, y después daba cuenta de sus observaciones en el tratado de *Animalibus* (lib. IV, pág. I), causando la admiración de los doctos; volaba más tarde á Lombardía, habiendo tenido noticia de un fuerte terremoto de aquella región, á estudiar las condiciones de este fenómeno y las circunstancias que le acompañaron y siguieron, y exponía los frutos de su viaje en su obra *De passionibus aeris* (lib. V, pág. 339); llegaba también á sus oídos la noticia de un fenómeno extraordinario ocurrido en las aguas del Neckar, río de una región de Alemania llamada «Laufen», y al momento corría á estudiarlo sobre el terreno y á buscar su explicación natural, que daba en su libro *De meteoris* (lib. II, pág. I).

(2) Por la índole especial de la obra, debe hacerse constar que fueron debidos á la iniciativa del Padre Zeferino González, siendo Obispo de Córdoba, los primeros Círculos católicos de obreros que existieron en España.

Se ha sostenido antes de ahora que la Política, considerada como ciencia de la gobernación de las Naciones, forma parte de la filosofía moral, y se han dado en apoyo de esta tesis razones de monta (1). En realidad, la política, aun considerada como ciencia, tiene un fin práctico, y lo cumple especialísimamente por la actuación de inteligencias y voluntades humanas, como libres por naturaleza, subordinadas, ante todo, á las prescripciones del orden ético (2). Así, los mandamientos que la Política impone por la fuerza de la razón y de la lógica á estos séres inteligentes y libres, en cuanto dice relación á la vida y acción de las Naciones, han de estar supeditados necesariamente á las prescripnes de la ley moral, porque no ha de olvidarse que el hombre, antes que ciudadano, es sér contingente y libre; en cuanto contingente, subordinado á Dios; y en cuanto libre, responsable de sus actos (3). Pero ¿es que en los juicios prácticos del pensador y del estadista sólo entran, cuando de Naciones y Estados se trata, como elementos que han de ser tenidos en cuenta, séres inteligentes y libres, considerados en los dos conceptos, de gobernantes y gobernados? Ó, en otros términos: ¿es que son idénticos ante la ciencia jurídica, como realidades objetivas, la sociedad civil y la Nación en las cuales vive el Estado? (4) Ciertamente, si en la gobernación de las Naciones sólo hubiesen de

---

(1) Ha de consignarse por lo original, que Acciaioli, florentino y comentarista de Aristóteles, escribió: «*Moralis scientia potest dici civilis cum illa quæ ordinantur ad invicem possint aliquando denominari à nobiliori. Unde moralis œconomica et civilis poterunt uno nomine appellari scientia civilis quæ postea dividitur in tria illa membra, scilicet moralem, œconomicam, civilem.*» *Aristotelis stagiritæ peripateticorum principis ethicorum ad Nicomachum libri decem. Joanne Argyropylo Byzantio, interprete nuper ad græcum exemplar diligentissime recogniti. Cum Donati Acciaioli, florentini viri doctissimi commentariis, denuo in lucem editi.* Londres, Imprenta de Antonio Vincenium, 1544.

(2) Bañez, *Scholastica Commentaria in primam partem Angelici Doctoris*, tomo II, págs. 1362 y siguientes. Venecia, 1591.

(3) Funck Brentano mismo reconoce que *la politique procède de la morale sociale, mais ne la reuferme pas. La Politique*, pág. 15. París, 1893.

(4) Véanse en Gneist, determinadas concretamente, las relaciones entre la sociedad y el Estado, según las tendencias jurídicas de Alemania. Gneist: *Der Rechtsstaat und die Verwaltungsgerichte in Deutschland*, capítulo 2, pág. 8. Berlín, 1879.

tenerse en cuenta la existencia de séres humanos, ó, mejor quizás, los actos de estos séres, la Política no podría ser otra cosa que una parte, aunque suprema, de la Ética; pero está fuera de duda que el tratadista y el hombre de gobierno no pueden actuarse en las esferas de sus respectivas actividades, si á la solución de las cuestiones de orden moral que se les presentan, no unen las de otras que nacen de la historia y de las tradiciones de los pueblos, del modo especial de ser de éstos por la religión, por las condiciones de raza, por la índole del idioma ó de los idiomas, por el estado del derecho en las doctrinas y en las leyes, por el de las ciencias y las artes; de otras que son originadas por la situación geográfica, por la de la agricultura, industria y comercio, y, en último término, por las fuerzas vivas todas, por el conjunto de la civilización y cultura.

Claro está que no puede restarse de todas las cuestiones que se originan y plantean la parte que en el génesis y desarrollo de éstas tengan la razón y la libertad humanas, y, por lo tanto, la Ética. Pero la ciencia y la experiencia dicen que surgen en las Naciones multitud de problemas que brotan del modo especial de ser de un pueblo ó de una raza; multitud de problemas referentes á la producción, distribución, cambio y consumo de la riqueza; multitud de problemas que nacen de conclusiones de la ciencia, de precedentes históricos, de amor á idiomas hablados en una región ó en varias, del modo de entender y aplicar determinadas leyes, de la misma organización de la fuerza pública; multitud de problemas en que puede entrar y entra en muchas ocasiones el elemento ético, pero no como único en la producción de la causa engendradora de la solución, sino como uno de ellos, principalísimo, primero entre todos, en ocasiones, que sirve, entre otras cosas, para dar testimonio de que se trata de cuestiones mixtas, de cuestiones que, como tales, no pueden ser del exclusivo dominio de la filosofía moral propiamente dicha. De aquí que sea lógica la distinción entre la Moral y la Política, no para separar la rama del tronco, como quiso hacerlo Maquiavelo, sino para dejar que la rama se desarrolle y crezca, nutrida con la savia que recibe del tronco, y dé frutos de bendición para las sociedades (1). Cabalmente el error capital de los tiempos moder-

(1) *Diversæ scientiæ sunt:* Politica, *quæ ordinatur ad bonum commune ci-*

nos consiste en aplicar á las ciencias algo que, queriendo parecerse á la división del trabajo, se encamina directamente á la destrucción de la grandiosa unidad del saber del hombre; en una palabra, en separar y aislar unas ciencias de otras, ¡como si las ramas pudieran vivir separadas unas de otras y del tronco que les da vida!; y así no sorprende ni admira que los que empezaron por construir una Economía separada y aislada de la moral, traten de edificar por el mismo procedimiento y en la misma forma una Política separada y aislada de la Ética. Pero Bluntschli, cuyo concepto de la moral no puede ser aceptado por su filiación kantiana é independiente, escribió con buen sentido estas líneas: «La distinción entre la Política y la Moral constituye un progreso grande y permanente, y permite á la Política convertirse por sí misma en una ciencia.» Y poco después, añadió, completando de algún modo su pensamiento: «La Política sólo goza de una independencia relativa, pues no puede ni debe ponerse en contradicción con la ley moral» (1).

Se comprende aún más la necesidad de la distinción entre la Moral y la Política, y de que la Política constituya por sí misma una ciencia, si se tiene en cuenta que la Moral tiene por fin el bien del individuo, y la Política el bien de la ciudad y del Reino (*bonum civitatis et regni*), y que á fines diversos corresponden ciencias diversas (2). Además, en la Nación no existen sólo gobernados, sino que existen también gobernantes, y los unos y los otros integran el ser de la sociedad civil, y con el territorio y las condiciones características de aquélla y de éste, el ser de la Nación. Ahora bien; así como no se dan dentro de una misma especie dos individuos iguales en todo lo que en ellos es accidental, así no existen tampoco dos sociedades civiles, y menos dos

---

vitatis; et Œconomica quæ de his est quæ pertinent ad bonum commune domus, vel familiæ, et Monastica quæ est de his, quæ pertinent ad bonum unius personæ. Santo Tomás. *Summa Theologica*, segunda segunda parte, cuestión XLVII, art. 11.

(1) *Wir erkennen in der wissenschaftlichen Unterscheidung der Politik und der Moral einem groszen und daneruden Fortschritt, der erst eine selbstandige Wissenschaft der Politik moglich macht...* Bluntschli, *Politik als Wissenschaft*, págs. 7 y 8. Stuttgart, 1876.

(2) Puigserver, *Philosophia Sancti Thomæ Aquinatis, auribus hujus temporis accommodata*, tomo II, págs. 150 y 151, Madrid, 1825.

Naciones completamente idénticas en lo accidental como en lo esencial. Hay más todavía: así como es diverso el modo de ser físico é intelectual de un individuo en diversas edades y condiciones de existencia, así es diverso el modo de ser de una sociedad civil en diversos momentos de su historia, y aun el de una Nación conservando y todo la integridad de su sér, ya porque hayan cambiado las condiciones especialísimas de su territorio por obra de la naturaleza ó por obra de los hombres, ya porque hayan cambiado sus relaciones exteriores en cuanto producto de tratados, y en cuanto influídas meramente por la diferencia de proporcionalidad entre las fuerzas intelectuales, morales, económicas y físicas, propias y las ajenas. No es posible negar, por lo tanto, que las sociedades civiles, las Naciones y los Estados, medios estos para que las primeras realicen su fin, sufren modificaciones y alteraciones de monta, que hacen que la España de los romanos no sea la de los visigodos, ni la de éstos la de la Reconquista, ni la de la Reconquista dividida en Reinos, cristianos los unos y musulmanes los otros, la de la unidad nacional realizada por los Reyes Católicos, ni, por último, la del siglo XVI es la del siglo XIX; y por lo que dice relación á la vida del Estado, el régimen político de la España romana no es el de la visigoda, ni la Monarquía visigoda es la de la Reconquista, ni el sistema representativo de las Cortes de la Edad Media es el de las Cortes actuales, ni el imperio absoluto de algunos Monarcas de la casa de Austria y de la de Borbón se parece al de libertad constitucional en que hace más de medio siglo se vive.

No es fácil comprender ni explicar, por consiguiente, por qué ciertos espíritus se llenan de espanto al oir hablar de la evolución de las sociedades, de las Naciones y Estados; ¡como si esta evolución antes de estar en el entendimiento de ciertos pensadores no hubiese existido en la realidad! ¡Como si en la ley histórica de Hegel (*Entwicklung*) no hubiese mucho de real, mucho que se impondría con la fuerza de los hechos, aunque Hegel no hubiese existido nunca! (1) Hay que distinguir entre la

(1) Realmente, sólo se explica este espanto de los pusilánimes, por el hecho de haber tomado Carlos Marx de Hegel la palabra *Entwicklung*, habiendo pasado de las obras del fundador del colectivismo á los adeptos de este sistema, que hacen de ella uso muy parecido al que los revolucionarios franceses hicieron de la palabra *razón*.

teoría de la trasformación de las especies, que nunca ha opuesto á la realidad histórica otra cosa que hipótesis más ó menos ingeniosas, y el hecho de que se tienen innumerables testimonios, conocido aún por nuestros sentidos externos, de las evoluciones de las sociedades civiles, Naciones y Estados. Y aun penetrando en el análisis de este hecho, ha de afirmarse como resultado de este estudio, que así como las evoluciones no destruyen nunca en el hombre su naturaleza de ser inteligente y libre, y ser inteligente y libre aunque con sus facultades en situación más potencial que actual se muestra en la infancia de la civilización, y ser inteligente y libre en toda la actuación de sus facultades, en la edad madura de los pueblos, así no destruyen en las sociedades civiles, hasta que éstas llegan al período de trasformación ó disolución en la barbarie, sus elementos esenciales, ó sean unión de inteligencias, concordia de voluntades, coordinación de medios y unidad de fin; en las Naciones la coexistencia de las sociedades y el territorio, y en el Estado su condición de medio para que la sociedad alcance su fin por la realización del derecho. Penétrese en el fondo de la concepción social cristiana de los grandes escolásticos de los siglos XIII y XVI, y en el fondo de la concepción social de Herbert Spencer, y habrá de reconocerse que los primeros exigían unión de inteligencias y concordia de voluntades en la verdad y el bien, y coordinación de medios para que Cristo reinara en todos los órdenes del sér y de la actividad social, con objeto de que las sociedades alcanzaran su fin, y el segundo exige unión de inteligencias y de voluntades en la producción de riquezas, dentro del orden industrial, sobre todo, para que coordinados los medios, y seleccionado el débil por el fuerte, y los de escaso vigor intelectual por los de gran vigor, logre la sociedad realizar su objeto, que no es otro que la conservación y mejoramiento de la especie por la satisfacción de las necesidades y aspiraciones de los individuos. Y por lo que al Estado hace, podrá pasarse de la concepción de Luis XIV á las democracias directas de Suiza, en que la Sociedad y el Estado apenas se distinguen si no es por sus actuaciones diversas; podrán ponerse en comparación el concepto del Estado de los individualistas más radicales y el de los socialistas más absolutos, y siempre habrá de reconocerse que el Estado existe para que la sociedad alcance su fin por la realización del derecho, ya sea

éste expresión de la razón y la voluntad del supremo imperante, ya de la comunidad civil gobernándose á sí misma, ya de la unión de la razón y la voluntad de aquél y de la razón y la voluntad de ésta.

En todos los pueblos pueden encontrarse hechos que confirman plenamente esta verdad, y más que en ninguno en el de Atenas, porque el reciente descubrimiento de una obra de Aristóteles da perfectamente delineado el cuadro de las evoluciones por que pasó aquel pueblo celebérrimo (1). En efecto, Atenas, monárquica de la forma más pura con Ión y sus compañeros, templó los rigores de la forma absoluta en Teseo, y no satisfecha con esto estableció con Solón las raíces y fundamento del imperio de la democracia, para caer en seguida en la tiranía de Pisístrato, de la cual salió para vivir bajo la constitución de Clistheno, más democrática aún que la de Solón. ¿Pero terminaron siquiera aquí sus evoluciones? Pasaron las guerras médicas y triunfó el Areópago, y á éste siguió el gobierno de Arístides, y al gobierno de Arístides el dominio de los Demagogos, y al de éstos el de los Cuatrocientos, y al de éstos el restablecimiento de la democracia, para caer luego en la tiranía de los Treinta, y luego en la de los Diez: constante oscurecer y amanecer de la libertad que dejó de tal modo enfermo al pueblo ateniense y de tal modo preparado para caer en las redes de los sofistas, que, cuando los macedonios meditaban y preparaban la conquista de Grecia, toda la elocuencia de Demóstenes, tribuno de la independencia patria, no fué de provecho para evitar la catástrofe, y apenas lo fué para destruir los efectos, en la gran masa de ciudadanos, de la oratoria terriblemente demoledora de Eskhines (2). Y si es que el ocaso y la aurora de la libertad no determinan bien, á juicio de algunos, los períodos diversos de la evolución, ¿podrá negar nadie que existe enormísima diferencia entre el modo de ser de Atenas en la época clásica de su historia, el modo de ser bajo la dominación de los romanos y turcos, y el modo de ser actual, con su vida parlamentaria, constitucio-

---

(1) Αθηναίων Πολιτεια. *Aristotle on the constitution of Athens*, editada por J. G. Kenyon. Londres y Oxford, 1891.

(2) Curtius, *Historia de Grecia*, tomo VIII, págs. 209 y siguientes. Madrid, 1888.

nal, independiente y libre, en la forma que la libertad se entiende en estos tiempos? Y si Atenas no es lo que era, ni mucho menos lo que fué, ha sufrido trasformaciones, y si ha sufrido trasformaciones es que ha evolucionado, y si ha evolucionado ha sufrido modificaciones en su modo de ser, y sabido es que á modificaciones en el modo de ser corresponden estados sociales diversos, y á estados sociales diversos actuaciones diversas del derecho y modos especiales de la Política. ¿Qué se gana con cerrar los ojos á la luz de los hechos, luz cuya fuerza podría aumentarse considerablemente con nuevos ejemplos, sólo porque esta luz viene á disipar las sombras de preocupaciones más ó menos arraigadas, y á mostrar que los pueblos estacionarios no existen en el mundo, no lo fué ciertamente el pueblo de Israel, y, por lo tanto, que China, el pueblo más estacionario hasta ahora conocido, ó habrá de abrir francamente sus brazos al progreso para transformarse con decisión, ó acabará por perder su independencia bajo la fuerza de las armas y el poderoso influjo de la civilización de los japoneses, por ejemplo, que no por imperio de la ley de Coulon, sobre que los pueblos más orientales vencen inevitablemente en todas las guerras á los menos orientales, sino en virtud de su superioridad moral é intelectual, tratarán de imponerle la ley como vencedores?

No quiere decir esto, como se ha indicado antes, que en las sociedades, Naciones y Estados no hay nada permanente, que todo en ellos cambia sin momento alguno de reposo (1). Pero si no quiere decir esto, porque afirmarlo sería desconocer la realidad de los hechos, significa que existe enorme diferencia, aun dentro de lo accidental y mudable, entre el modo de ser de un pueblo en un período de su existencia y el modo suyo en otro ó en otros períodos, y ahora ha de añadirse que entre el estado de civilización y cultura de unos pueblos y otros pueblos, á pesar de la unidad de la especie humana, y no sólo entre pueblos de

---

(1) Stein es, entre los tratadistas modernos, quien ha determinado con más claridad, aunque su teoría no puede ser aceptada por completo, lo que existe de permanente en el derecho y lo que existe de mudable por la condición de cada pueblo; fundado lo permanente en la naturaleza del hombre, y lo variable en los accidentes que diferencian á unas razas de otras, y á unos pueblos de los otros pueblos. Stein, *System der Staatswissenschaft*, tomo II, págs. 54 á 71. Stuttgart, 1856.

la cuna del mundo y otros de ahora, sino también entre unos y otros pueblos de los que actualmente existen. En efecto, ¿qué diferencias no se dan entre los pueblos europeos y los Todas que habitan en las Indias, viven casi sin organización social, y sólo admiten la autoridad de un tribunal de cinco individuos, encargado de resolver las diferencias que entre ellos se suscitan? (1) ¿Puede dejar de reconocerse gran diferencia entre los australianos, que creen que, si la muerte violenta de sus conciudadanos no es suficientemente vengada, el espíritu de los muertos persigue á la tribu, infunde miedos horribles en el corazón de sus individuos, pone á los viajeros en caminos extraviados, se convierte en epidemia que diezma las poblaciones y produce durante las tinieblas espantables de noches tormentosas ruidos formidables, y los pueblos en que por la beneficiosa influencia del espíritu cristiano se condenan la venganza y las preocupaciones á que los australianos rinden culto? (2) ¿Cómo ha de ser posible identificar á la familia de la Europa cristiana con la de los pueblos musulmanes, en que existe la poligamia; con la del Thibet, en que existe la poliandria, y con la de China, en que se considera legal y moral el concubinato? ¿Puede ser considerado como idéntico el estado de derecho de Europa, en que se castiga el aborto, y el de los Estados de la República norteamericana en que, según el testimonio de Donnat, se practica sin reparos, *au grand jour*, pues la ley no lo castiga (3); el del mundo civilizado todo, en que se prohibe bajo graves penas el infanticidio, y el de la República de Haiti, en que el infanticidio ha sido obligatorio para una secta, por cierto muy numerosa é influyente; el de las Naciones en que se establecen en la ley civil, en la ley penal, en la ley política, todas las garantías imaginables para el derecho de propiedad, y el de los pueblos que, como las tribus de los beduínos, viven en gran parte del robo y del pillaje? (4)

---

(1) Shortt, *Transactions of the Ethnological Society*, tomo VII, pág. 241, Londres, 1868.

(2) B. B. Smyth, *The Aborigines of Victoria*, tomo I, pág. 107. Melbourne, 1878.

(3) Leon Donnat, *La Politique experimentale*, cap. XXX, pág. 281. París, 1891.

(4) Burchell, *Travels into the Interior of Southren Africa*, tomo III, páginas 47 y siguientes.

Adviértase, sin embargo, que, ora se admita la evolución social y política en lo esencial y en lo accidental, ora sólo en lo accidental, siempre habrá de reconocerse que el tratadista y el hombre de gobierno habrán de tener en cuenta las diferencias originadas por la evolución, no sólo en la Nación en que vivan, sino también en las restantes; el primero, para inducir de estas diferencias verdades para sus obras, y el segundo para tenerlas en cuenta en las decisiones de su voluntad racional. ¿Qué importa que se construya una ciencia política inconmovible en todas sus partes, una especie de metafísica del gobierno de los pueblos, y que se organice una teoría del arte de gobernar á las Naciones, si luego, al pasar de lo general y abstracto á lo particular y concreto, al tratar de aplicar las enseñanzas á los hechos, resulta que, ó hay que prescindir en buena parte de estas enseñanzas, ó hay que apelar á expedientes de más agudeza de entendimiento que realidad práctica, para hacer posible de algún modo el tránsito sin mutilaciones que siempre resultan perjudiciales á la ciencia ó á las Naciones? En las ciencias prácticas, principalmente, es absurdo sostener que una doctrina cualquiera puede ser excelente en lo general y abstracto, y de imposible aplicación en el orden particular y concreto, y no hay que olvidar que las ciencias morales y políticas son eminentemente prácticas, y, por lo tanto, sus conclusiones lo han de ser ante todo y sobre todo. ¿Qué resultó de la aplicación al gobierno de la política abstracta de las escuelas que prepararon, engendraron y dieron forma y actuación á la revolución francesa en la sociedad y en el Estado? Hablando Taine de la aplicación de las teorías de Rousseau que quiso hacerse por los revolucionarios, y especialmente de la del pacto social, después de haber descrito esta aplicación, añade (1): «Tal fué el fruto de la sensibilidad y de la filosofía del »siglo XVIII; aquellos hombres creyeron que para constituir una »sociedad perfecta, para establecer de una manera estable la »libertad, la justicia y la dicha sobre la tierra, les bastaba un es»fuerzo del corazón y un acto de la voluntad. Su esfuerzo pro»dujo todo lo que podía producir, á saber: un diluvio de efusio»nes y de frases; un contrato verbal y no real, una fraternidad

(1) H. Taine, *Les origines de la France contemporaine: La Revolution*, tomo I, pág. 290. París, 1893.

»de aparato y de epidermis, una mascarada de buena fe, una »efervescencia del sentimiento, que se evapora al momento por »su misma condición, un Carnaval amable que duró un día.» Y al que siguieron las escenas, ora de sangre y exterminio de clases sociales enteras, ora teatrales y ridículas, que á continuación ha descrito el insigne positivista en páginas de asegurada permanencia en el archivo de las letras y de las ciencias históricas, para enseñanza y guía de las generaciones de lo porvenir.

De lo dicho se desprende perfectamente el doble carácter que debe tener la Política, como toda ciencia práctica, en cuanto debe conocer lo permanente y lo variable de las sociedades, de las Naciones y de los Estados. En las sociedades entran sólo séres inteligentes y libres, á los que debe conocer en su naturaleza, idéntica en todas las latitudes, y en su historia y condición diversa en todas partes, así por lo que hace á su entendimiento y voluntad, como al estado de su organización física, y de la naturaleza de estos séres debe deducir su fin, y de la naturaleza de la sociedad el fin social, en armonía con el individual, conseguido aquél por la unión de las inteligencias, concordia de voluntades y coordinación de medios. En las Naciones se da una sociedad civil y un territorio en que la sociedad civil vive y de algún modo se perpetúa, y ha de conocerse aquélla y éste, así como también las relaciones pasadas y presentes que entre ellos existen, y la influencia que el uno ha ejercido en la otra, y el modo y la forma en que en más ó en menos ha alterado y modificado su constitución. Y por último, en el Estado, que existe por la sociedad y para la sociedad, ha de determinar y concretar bien su especial modo de ser en relación con la sociedad y la Nación, para que pueda realizar su objeto de coordinar los medios sociales por la realización del derecho, para que la sociedad y la Nación logren su fin. Y adviértase que aun este estudio resultaría vano de algún modo é incompleto desde luego, si no se analizaran á continuación las relaciones que deben existir entre una sociedad civil determinada y el territorio en que ha de vivir, y entre una Nación también determinada y el Estado, y si luego no se determinaran las condiciones en que cada sociedad, y aun cada Nación se encuentran, no sólo respecto del Estado, sino consideradas en sí mismas, y habida atención al modo de ser de las otras comunidades civiles con quienes viven en re-

laciones. Ha de añadirse que este conocimiento del estado social de una Nación y del territorio ha de ser completo, porque si no lo es, claro está que cuanto de él se deduzca para la organización del Estado y para determinar las relaciones de éste con sus similares estará muy expuesto á errores de muchísima trascendencia práctica, que la Política está obligada, por ley de su condición, á evitar por todos los modos y maneras.

Y, sin embargo, no puede prescindirse nunca en la ciencia y en el arte de la Política de un elemento esencial, así al individuo como á las sociedades humanas, ó sea de la libertad. Cabalmente en este elemento ha de buscarse la raíz y fundamento de la diferencia que existe entre el verdadero concepto de la Política y el concepto que de ella tiene el positivismo moderno. También para Comte era una ciencia la Política; pero basada en la física social, con su estática ó teoría general del orden espontáneo de las sociedades humanas, y con su dinámica social ó teoría general del progreso natural de la humanidad, de las cuales nacían espontáneamente las leyes inevitables de la evolución del humano linaje, si bien para conocer estas leyes era necesario conocer también, según el autor citado, las condiciones de existencia de los «animales vivientes y la influencia de los medios inorgánicos»; es decir, estar familiarizado con los principios generales de todas las ciencias, desde las matemáticas á la biología (1). Pensamiento del fundador del positivismo francés, que uno de sus discípulos, M. Donnat, ha traducido y aclarado en estos términos: «No puede dejar de admitirse que la Política es, ante todo, una ciencia; pero ha de añadirse que esto equivale á reconocer que los fenómenos del orden social están regidos por leyes naturales; que existen entre ellos relaciones constantes de causa á efecto; que el conocimiento de estas relaciones permite prever su coexistencia ó su sucesión; que, en una palabra, la sociología puede ser asimilada á las ciencias físicas (2).» Los fundamentos de este determinismo han de buscarse en aquella teoría de Claudio Bernad, según la cual, el mundo psíquico, no puede pasarse un

---

(1) Comte, *Cours de philosophie positive*, tomo IV, que contiene «la parte dogmática de la filosofía social», lecciones, 46, 50 y 51, págs. 1, 430 y 498. París, 1893.

(2) Leon Donnat, *La Politique experimentale*, cap. XXIX, pág. 265.

punto del mundo físico-químico; de lo cual se deduce que «los fenómenos del alma necesitan para manifestarse de condiciones materiales exactamente determinadas, y por esto aparecen siempre de la misma manera con arreglo á leyes, y no arbitrariamente ó caprichosamente al azar de una espontaneidad sin reglas» (1). Pero ¿es que la misma experiencia tan preconizada por el positivismo, no muestra á la libertad humana, actuándose así en los individuos, como en las colectividades, y trastornando todas las leyes de la estática y de la dinámica social, como sucedió en Grecia, por ejemplo, cuando el pueblo aplaudía á Eskhines contra Demóstenes primero, y á Demóstenes contra Eskhines luego, para llegar tarde á la defensa de la Patria, y tener que buscar después en estas vacilaciones de la libertad social la causa principalísima, á juicio de vencedores y vencidos, de la pérdida de la independencia de Atenas y de Grecia toda, vencida por los excesos de sus pasiones, más que por el valor y el empuje de las armas enemigas? (2)

Además, el positivismo moderno, á pesar de su adhesión sin límites al método experimental, no ha sabido distinguir entre dos géneros de modificaciones que se realizan en las sociedades humanas, unas de algún modo determinadas, y las otras libres, con su causa y raíz en la razón social. Las sociedades, como seres compuestos de individuos sujetos á las leyes de una existencia limitada, cuya degeneración por diversas causas se produce con sujeción á reglas físicas, que al fin el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, y por la infracción de mandamientos del orden moral, no nacido espontáneamente, sino creado por la natura-

---

(1) Claudio Bernard, *Les phénomènes de la vie*, pág. 60. París, 1887.

(2) Son muy notables las palabras con que el Sr. Cánovas del Castillo condena que se considere «al Estado, no según es, como un proceso de ideas morales, sino como un verdadero proceso fisiológico, iniciado é impulsado por leyes naturales y mecánicas». Y añade, «que los que tal hacen, destruyen voluntariamente la más excelente parte de la teoría del Estado, que es la Ética». Estas otras palabras suyas, completan el pensamiento: «La humanidad no es suma aritmética siquiera, sino una mera agregación de individuos libres; como libres, heterogéneos, y sin duda alguna regidos por sobrehumanas causas, sin las cuales nada se explica en la práctica, ni se organiza en la ciencia». *Problemas contemporáneos*, tomo I, páginas 141 y 143. Madrid, 1884.

leza, obra de Dios, en el que ha de buscarse su primera causa y fundamento; las sociedades pasan por diversos estados en su vida, por la niñez, por la juventud, por la virilidad, por la madurez y por la senectud, y claro está que su modo de ser en cada uno de estos momentos se refleja en su modo de obrar, y que se advierte cierta semejanza entre las actuacciones de las diversas sociedades que se encuentran en el mismo período de su existencia (1). En estos cambios sociales hay algo, en efecto, de lo que Comte llama las leyes inevitables de la evolución del humano linaje. Pero hay otros cambios sociales que son producto, en primer término, de la voluntad de todos ó de buena parte de los ciudadanos, de la de algunos que se imponen á los demás por el talento ó por la fuerza, y también, en otros casos, del soberano vice-gerente de la comunidad, para dar dirección á ésta y encaminarla á su fin. Ha de reconocerse que en los grandes movimientos sociales hay algo de inconsciente, por lo que hace á muchos de los que en ellos toman parte; pero no por esto es menos exacto que son producto casi siempre de voluntades racionales que les preparan, inician, organizan y dirigen, procediendo como seres inteligentes y libres, y, como tales, responsables, no sólo de lo que hacen, sino también de lo que por su causa se hace (2). ¿Quién duda, sobre todo después de leer á Taine, de que fueron responsables la clase media y los nobles y eclesiásticos que fueron sus cómplices, del movimiento que preparó la revolución francesa, así como los constitucionales, girondinos y jacobinos, en especial, lo son de la revolución misma? ¿Y quién duda, finalmente, de que Enrique VIII de Inglaterra es el responsable de la evolución que por los caprichos de su voluntad realizó aquel reino, en materia tan importante para la vida social como el cambio de religión? En estos movimientos no hay nada de lo que Comte llama las leyes inevitables de la evolución del humano linaje, y si no, que determinen los positivistas lo que hay, si es que logran encontrarlo, que ciertamente no lo encontrarán, y en lo mismo que señalen como inevitable, se hallará al momen-

---

(1) Burke, *Reflections on the Revolution in France*, tomo V, pág. 70. Londres, 1867.

(2) Luis Marino. *Presupposti delle Scienze Morali-sociali*, pág. 168. Florencia, 1892.

to, por medio del análisis, la acción de la voluntad, y, por lo tanto, de la libertad humana.

Pero la ciencia política especulativa y práctica á un tiempo, contra lo que pretenden, así los secuaces de la escuela abstracta de la Revolución francesa, como los que quisieran vestir la ciudadanía española del siglo XIX con el traje de los súbditos de Carlos V y Felipe II, no puede dejar de tener en cuenta las diferencias que existen entre las constituciones de diversos pueblos y las que se dan entre los diversos momentos de la existencia de la constitución de una sociedad civil determinada, no sólo por lo que dice relación á las leyes inevitables de la evolución cuanto á la edad de esta sociedad civil, sino también por lo que dice relación á la evolución realizada por actos libres de esta misma sociedad, de una parte de ella, ó de los encargados de dirigirla. Y es evidente que al conocimiento de estas evoluciones, la una física y material, intelectual y moral la otra, no puede llegar la política por el solo medio de la especulación, por principios y deducciones. Para llegar á él se necesita estudiar á la sociedad civil en sí misma, en sus elementos esenciales y constitutivos, en sus caracteres accidentales y propios, en las fuerzas sociales, en el territorio en que éstas viven y se actúan y en el organismo del Estado encargado de darlas dirección por medio de la actuación del derecho. Ahora bien; á este conocimiento, por lo que hace á lo especial y accidental, sólo se puede llegar por un camino, y este es el de la observación, mejor todavía, por la aplicación á este estudio del método experimental. Sólo que ha de establecerse por adelantado, para evitar los inconvenientes de este método, el cual, para que resulte verdaderamente útil, no debe aplicarse sino á su objeto natural, que los fundamentos racionales de la ciencia, ó sea la naturaleza sociable del hombre, probada concluyentemente por la imposibilidad de que éste viva aislado en el mundo, la naturaleza de la sociedad basada en la sociabilidad humana, la naturaleza de la autoridad ó del Estado encargados de dar dirección á las inteligencias y voluntades asociadas para la consecución del bien común, y la necesidad de un territorio en el cual la sociedad civil viva, con todas las deducciones que de la exposición de estos fundamentos racionales lógicamente se desprende, son anteriores y superiores á cuanto la observación de los hechos y la experiencia permitan inducir, y,

por lo tanto, que no «de la comparación de las sociedades de géneros diferentes con otras sociedades en momentos diversos, ha de deducirse cuáles son los caracteres de grandeza, de estructura y de función que de ordinario se encuentran reunidos en las sociedades humanas», como pretende Herbert Spencer, si no del conocimiento de la naturaleza del hombre, de la sociedad y de la autoridad ó Estado, sirviendo sólo el método experimental para completar este estudio y conocer las notas características de cada Nación y las diferencias que entre ellas existen para el mayor acierto en la gobernación de los Estados (1).

No es ocasión propicia ésta para determinar las condiciones en que el método experimental ha de emplearse, á fin de que resulte verdaderamente útil, no ya al objeto de aumentar por una serie de inducciones las verdades generales de la ciencia, sino con el de completar el carácter práctico de ésta y hacer más provechosa su aplicación á la gobernación de los Estados. Así y todo, y dejando á un lado lo que sería más propio de la serena investigación científica expuesta en un tratado fundamental que de un discurso académico, ha de hacerse constar que conceder á la observación y á la experiencia, más de lo que naturalmente se les debe, conduce á resultados tan deplorables como los que pone de manifiesto este hecho elocuentísimo: Le Play recorrió la Alemania del Norte en compañía de Juan Reynaud para llevar á cabo un estudio de investigación científica de carácter social y económico; los dos visitaron las mismas poblaciones; los dos estudiaron juntos los mismos hechos, y al final de la jornada el uno aprobaba lo que el otro censuraba; el primero afirmó resueltamente su admiración por las costumbres de lo pasado, y el segundo su fe en los progresos de lo porvenir (2). Es que la mera observación de los hechos, aunque vaya acompañada y auxiliada de los datos más precisos de la estadística; es que

---

(1) Herbert Spencer. *Principes de Sociologie.* Traducción de Cazelles, tomo I, pág. 590. París, 1886.

(2) Le Play, *parcourut l'Allemagne du Nord en compagnie de Jean Reynaud, son ancien. «Ils s'accordèrent, au départ, sur le programme moitie profesionel, moitie économique, de leur enquête; mais ils ne s'accordèrent pas, durant le voyage, sur la manière de juger les faits. C'est encore-là un exemple qui prouve que l'observation est insuffisante en matière sociale, qu'elle ne peut*

la observación convertida en experiencia, aunque vaya acompañada y auxiliada de hipótesis, producto anterior de inducciones más ó menos incompletas, no bastan en la política. Es preciso que el observador y el experimentador no olviden el medio cósmico (1), el medio fisiológico (2), el medio intelectual y moral (3), en los que el ser social, objeto de sus investigaciones, vive y obra, y aun no podrán olvidar tampoco un sólo instante la relación íntima que existe entre el momento actual de estos medios y los momentos anteriores, dada la inmensa influencia que el pasado de un pueblo ejerce en la formación y constitución del presente, y éste y aquél unidos en la formación y constitución del porvenir. Es preciso que el observador y el experimentador no olviden también que las observaciones y los experimen-

---

à elle seule donner le criterium du vrai. Là où Le Play approuvait, Jean Reynaud dénigrait; le premier affirmait son admiration pour les coutumes du passé; le second sa foi dans les progrès de l'avenir. León Donnat. Obra citada, página 331.

(1) «El mongol y el kalmuco habitan con el caballo y con sus rebaños, inmensas llanuras, sin un árbol, sin un manantial, y donde sólo el rocío reanima la seca yerba: sus formas agudas y toscas se adaptan perfectamente á sus páramos y montañas. Indolente el kalmuco, permanece sentado días enteros, con los ojos fijos en un cielo sereno de continuo, y al más leve rumor aplica el oido hacia el espacio, donde no alcanza su vista. El mongol, en su país, es lo mismo que era hace millares de años; expatriado, cambia hasta el punto de no ser conocido. Libre el árabe, sobrio, ágil en la carrera, jinete infatigable, excelente arquero, fiel á su palabra, huésped generoso, se halla en armonía con su desierto, como el lapón con sus escarchas, como el italiano y el griego con la risueña benignidad de su clima.» César Cantú, *Historia universal*, tomo I, pág. 171. Madrid, 1847.— Acerca de la adaptación del hombre á las fuerzas cósmicas: véase á Vaccaro en la obra rotulada: *Le basi del diritto é dello Stato*, pág. 53. Turín, 1893.

(2) Marino, *Presupposti delle scienze morali-sociali*, pág. 180. Florencia, 1892.

(3) El medio intelectual y moral está constituido por el conjunto de principios y doctrinas, verdaderos unos y falsos otros, y por los preceptos acerca de las costumbres, legados en gran parte á las generaciones presentes por las pasadas, y mantenidos ó modificados todos ellos, ó parte, al menos, por el modo de ser actual de la sociedad. Sobre las relaciones que deben existir entre el medio cósmico, el medio fisiológico y el intelectual y moral á que los positivistas llaman cerebral, véase á Donnat, obra citada, pág. 132.

tos no pueden practicarse en las ciencias morales y políticas como en las ciencias físicas y naturales, en primer término, porque en aquéllas el objeto de sus investigaciones está en séres racionales y libres y en éstas no, y en segundo lugar, porque si bien las sociedades humanas están sujetas á leyes naturales y físicas, éstas no destruyen el gran factor de la libertad, y mucho menos el de la racionabilidad, facultad específica del hombre. De aquí que la experiencia y la inducción sólo puedan y deban actuarse como complementarias en el estado actual de la política y para hacer á ésta más útil y práctica en sus aplicaciones á la constitución de los pueblos.

Hay que observar ahora que no es tan nueva como se pretende por los positivistas la aplicación de la observación y de la experiencia á la formación de la Política. Ya Aristóteles observó los hechos sociales y políticos, y tuvo en cuenta sus enseñanzas en forma muy parecida á la de Herbert Spencer, en no pocos casos. Al estudiar las causas de las revoluciones, por ejemplo, las buscó en los hechos, y dejó, entre otros muchos testimonios que podrían aducirse, el siguiente: «En las Repúblicas la cábala basta para producir, hasta sin movimientos tumultuosos, el cambio de constitución. Así en Herea se prefirió el procedimiento de la suerte al de la elección, porque éste sólo había servido para elevar al poder á los intrigantes. También la negligencia puede causar revoluciones cuando llega al extremo de permitir que los enemigos del Estado se apoderen del gobierno. Así en Orea fué derrocada la oligarquía, sólo porque Heracleodoro había sido elevado á la categoría de Magistrado, lo cual dió origen á que éste sustituyera á la oligarquía la democracia. A veces se da una revolución como resultado de pequeños cambios. Así en Ambracia el censo era al principio muy moderado, y al fin se le abolió por entero, dando por pretexto que para tener un censo tan bajo valía tanto ó casi tanto no tener ninguno» (1). Aunque el orden de relación no sea rigurosamente inductivo, fácil es comprender por lo trascrito, y aun más por la lectura del capítulo de que están tomadas las anteriores líneas, que de la observación y estudio de los hechos indujo Aristóteles las causas de

(1) Aristóteles, *De Republica*, traducción de Ginés Sepúlveda, libro V, pág. 332. Madrid, 1775.

las revoluciones. He aquí ahora otro texto más elocuente: «La consideración que obtuvo el Areópago durante las guerras médicas, pareció darle demasiada fuerza en el gobierno. Por el contrario, cuando la flota, cuya tripulación estaba reclutada en el pueblo, alcanzó la victoria de Salamina y conquistó para Atenas á la vez que la preponderancia marítima el mando de la Grecia, la democracia no dejó de sacar provecho de esto. En Argos los principales ciudadanos, orgullosos con el triunfo que alcanzaron en Mantinea contra los lacedemonios, quisieron aprovecharse de él para echar abajo la democracia. En Siracusa el pueblo, que consiguió por sí solo la victoria sobre los atenienses, sustituyó la constitución existente por la democracia... Es preciso reconocer, pues, que todos los que obtienen para su patria una victoria de consecuencias, sean particulares, sean magistrados, tribus ú otra parte de la ciudad, cualquiera que ella sea, tratan generalmente de dominarla luego, aunque para ello hayan de apelar á la sedición (1).» Verdad inducida de los hechos con un rigor lógico que ya quisieran para sus inducciones, en multitud de casos, nuestros modernos positivistas.

Tampoco en la ciencia política española fué desconocida la necesidad de buscar luz en los hechos para completar unas veces, y esclarecer más y más otras, las verdades de la Política especulativa. Sólo que Aristóteles pidió esta luz á los hechos pasados y á los presentes, como hacen nuestros positivistas, y nuestros sabios fueron más dados á inducir de los pasados que de los presentes, dando por razón que los hechos pasados podían ser analizados y estudiados sin la pasión que en un sentido ó en otro podría entrar en el análisis y estudio de los presentes. Véase ahora lo que escribía Mariana en el prefacio de su obra sobre el Rey y la institución real: «Cuando años atrás, de retorno de mi peregrinación á Italia y Francia, asenté mi residencia en Toledo, hube de echar algunos en escribir la historia de las cosas de España. Con esto tuve ocasión de parar mientes en muchos y gran-

---

(1) Aristóteles, obra citada, libro V, pág. 337.—Sobre el empleo por Aristóteles de la observación de los hechos y del estudio de la realidad objetiva en la ciencia política, véase el Prefacio de Teodoro Reinach á la traducción francesa de la obra del Estagirita, últimamente descubierta y citada antes.

des hechos de varones principales, los cuales consideré de importancia recogerlos en un cuerpo, en tanto que daba á luz la *Historia general*, á fin de incitar el gusto de los lectores, ya con los ejemplos y cosas de España, ya con la misma naturaleza de mi trabajo. Entendí, amén de esto, que con los tales ejemplos y preceptos podría contribuir á formar el ánimo del Príncipe Felipe.» Y en efecto, de hechos expuestos con gran claridad induce en toda la obra verdades que debieron ser de gran ventaja en el aprovechamiento intelectual del Príncipe indicado (1). Por su parte, Saavedra Fajardo escribió en los comienzos de sus inmortales Empresas: «Porque en materias políticas se suele engañar el discurso, si la experiencia de los casos no las asegura, y ningunos ejemplos mueven más al sucesor que los de sus antepasados, me valgo de las acciones de los de V. A., y así no lisonjeo sus memorias encubriendo sus defectos, porque no alcanzaría el fin de que en ellos aprenda V. A. á gobernar» (2). Y aun en el siglo pasado, un admirador del antiguo régimen, Peñalosa y Zúñiga, escribió una calurosa defensa de la Monarquía templada, en la cual, lo mismo al tratar de la Monarquía en abstracto, de las partes esenciales que la constituyen, de los caracteres internos que las ligan, y de las cualidades más conformes á la sumisión libre del hombre, que al considerar luego á la Monarquía actuándose en la Nación, en relación con los intereses, la ilustración, las circunstancias del lugar, del clima, del genio, y en suma, en cuanto á juicio del autor influye en dar perfección á las leyes y honor á los hombres, todas las doctrinas que no son consecuencia lógica de los principios fundamentales de la Política están inducidas de los hechos, con más ó menos acierto, según los casos, pero con una lealtad y sinceridad en la aplicación de la observación y la experiencia al esclarecimiento de las materias que trata, que más no pudiera pedirse y exigirse por el positivista más escrupuloso en sus observaciones é investigaciones científicas (3).

---

(1) Mariana, *De Rege et Regis institutione ad Philipum III, libri III*, pág. 5. Toledo, 1599.

(2) Saavedra Fajardo, *Idea de un Príncipe político cristiano*, tomo I, págs. 1 y 2. Valencia, 1786.

(3) Uno de los ejemplos más notables de inducción, es el que se halla

Ciertamente, la lealtad obliga á reconocerlo así, no acertaron siempre nuestros tratadistas en la aplicación de la observación y la experiencia á la solución de los problemas políticos; y no acertaron, porque, lo mismo cuando trataban de fundar toda la política en las enseñanzas del pueblo de Israel, pueblo escogido, diverso por su especial condición de todos los otros pueblos, padeciendo Quevedo y Márquez, por ejemplo, una equivocación que también sufrió Bossuet, que cuando trataban de cimentarlo todo en la vida y en los hechos, gloriosísimos á veces y en otras torpes y vituperables por todo extremo, de griegos y romanos, equivocación lamentable aun del mismo Peñalosa; que cuando tenían en cuenta sólo el pasado de nuestra Patria, esclarecidas en ocasiones las enseñanzas que de él se desprénden con ejemplos de otros pueblos, y especialmente de las ciudades de Grecia y de la República y del Imperio de Roma, como hicieron Mariana y Saavedra Fajardo, según ya se ha indicado, olvidaron que la ciencia política es, ante todo y sobre todo, una ciencia de aplicación, y, por lo tanto, que, como toda ciencia de aplicación, necesita tener exacto conocimiento del objeto á que ha de aplicarse, y que no es posible conocer bien á una Nación sin completar el conocimiento que se adquiere por el estudio de su pasado, por los datos estadísticos referentes al momento actual de su evolución, por las hipótesis formuladas anteriormente, por inducciones más ó menos incompletas, y hasta por investigaciones acerca del pasado y presente de otros pueblos, con el del medio cósmico, del medio fisiológico y del medio intelectual y moral en que vive y obra. Pero ¿es que acaso este estudio completo se ha hecho respecto de alguna Nación por los positivistas, que tanto y tanto preconizan el método de la observación y de la experiencia como el único que puede conducir á la formación de una ciencia política verdaderamente perfecta? Comte descuidó enormemente la observación y la experiencia, tan ensalzadas en sus obras, en la construcción de su Física social; Littré apenas tuvo en cuenta los hechos en la aplicación de lo que llamaba Filosofía positiva al gobierno de las sociedades; Herbert

---

en las páginas 185 y siguientes del primer tomo, donde induce de los años que han vivido gran número de Imperios y Repúblicas la superioridad de la forma de gobierno monárquica sobre la republicana. *La Monarquía*, por D. Clemente Peñalosa y Zúñiga. Madrid, 1793.

Spencer ha construído tipos de gobierno, señalando el industrial como aquel á que habrán de ajustarse las sociedades de lo porvenir, pero no ha redactado una Política para una ó para muchas Naciones, y el trabajo de Donnat, en este sentido, resulta deficiente por su plan é incompleto en la aplicación de las mismas reglas que da para la actuación de la observación y de la experiencia (1).

Y adviértase que en estos tiempos es aún más difícil que en otras edades la formación de una ciencia política especulativa y práctica á la vez, y quizás aumente la dificultad en la formación de una teoría del arte de gobernar á los pueblos. Hubo momentos en la vida de los pueblos civilizados, en que la ciencia y el arte de la Política casi podían considerarse encerrados en el tratado de Grocio, acerca de la guerra y la paz; hubo otros momentos en que las luchas entre la Santa Sede y el Imperio absorbían la atención de todos los pensadores y de todos los estadistas, y se escribían infolios sobre infolios, ya para sostener que la espada temporal debe estar subordinada á la espiritual como el cuerpo lo está al alma, ya también en defensa de las prerrogativas que luego se llamaron regalías de la potestad civil; hubo otros momentos en que la lucha entre el catolicismo y el protestantismo lo absorbía todo, y el espíritu de las partes en la contienda se llevaba á la ciencia política, como á gran número de ramas del saber humano, y Suárez contestaba á Enrique VIII en una obra inspirada en su parte política en el más sano espíritu democrático que ha existido nunca; hubo otros momentos, cuando empezó la lucha entre los pueblos y los Reyes, sobre todo en Francia, en que la Política se redujo casi á declarar los derechos del hombre, confundiendo al hombre con el ciudadano, y á destruir en sus fundamentos racionales, para destruirlos luego en los hechos, los privilegios y distinciones de

(1) Nunca se vulgarizarán bastante estas palabras de Donnat sobre Comte: «Comte no se ha preocupado de la experiencia, y cuanto á la observación, todo el mundo sabe que no ha observado nada por completo. No ha viajado nunca; no ha salido nunca de nuestras fronteras. En los últimos años de su vida, apenas si atravesaba el Sena unas cuantas veces al año. Habladle del extranjero, y veréis que lo ignora todo; los numerosos errores cometidos por él, hablando de Inglaterra, los pude apreciar yo la primera vez que atravesé el canal de la Mancha». *La Politique experimentale*, libro IV, capítulo XXXIV, pág. 326.

las clases superiores de la sociedad; y hubo momentos también, en que la cuestión de formas de gobierno y la de los partidos políticos llenaron toda la Política, y entonces no podía escribirse tratado alguno de esta ciencia, sin que incluso se señalara lo que eran y debían ser los partidos, como puede verse en Bluntschli. ¡Quién sería capaz de medir las distancias que separa la Política de Aristóteles de la de Bossuet! ¡La de Santo Tomás de la de Boudin! ¡La de Rousseau de la de Brisce! ¡La de Bluntschli de la de Funk Brentano! Las cuestiones políticas, propiamente dichas, hasta hace poco tiempo, ocupan brevísimo espacio en los novísimos tratados de Política, y en cambio, el mayor espacio y la atención más detenida se prestan al estudio de la lucha de clases, al empobrecimiento de la clase media y su tendencia á desaparecer, á la miseria de la clase obrera, á los problemas de Hacienda pública, singularmente á los del crédito y de los impuestos, á la amortización de las deudas, á las aduanas y á las cuestiones arancelarias, á la necesidad de establecer una legislación especial para los obreros, y á determinar y concretar los recursos sociales y políticos de cada Nación y Estado. ¿No implica el hecho de esta trasformación de la ciencia política un acomodamiento de ésta á la evolución que indudablemente se realiza en el seno de todas ó casi todas las sociedades civiles de Europa por lo menos?

Ha llegado la hora de que los cultivadores de la ciencia política y los encargados de aplicarla principalmente en Europa, se persuadan de que deben contribuir á la armonía de la ciencia con la realidad social, dando de mano á todas las cuestiones que no nacen de esta realidad, ó de las superiores exigencias de la verdad y del bien, fuentes de todo el orden ético, del orden jurídico, y aun de todo el político; y proclamando en sus obras los unos, y los otros con sus actos, que si la deducción es importante en los fundamentos de la Política, la inducción no lo es menos para aplicar con acierto lo general á lo particular, lo abstracto á lo concreto. ¡Lástima grande que el insigne Cardenal González, quizás por escrúpulos del deber sagrado, no realizara la nobilísima y benemérita empresa, que sólo á su genio hubiera sido fácil, de completar la Política de los escolásticos con las verdades adquiridas naturalmente por la observación y la experiencia, creando y cimentando así la Política de lo porvenir!

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

Cualquiera, Sres. Académicos, menos vosotros, testigos irrecusables de lo contrario, creería, al penetrar en este recinto y oirme levantar en él la voz para apadrinar al nuevo compañero, que pongo con este acto el sello definitivo y personal á una obra que por todos y cada uno de sus detalles acusa en mí su inspirador más genuíno. ¡Cuántos juicios tan equivocados como éste consignará en sus páginas la historia, si persuadida de que nada hay más inverosímil que la verdad, no se abstiene de juzgar por las apariencias!

La elección de D. Damián Isern, antiguo director de *La Unión Católica*, discípulo fervientísimo de Santo Tomás en filosofía y afiliado en política al partido conservador bajo el matiz que yo más especialmente represento, para suceder en su silla al Padre Zeferino, apadrinado por mí, parece obra casi de familia, para que nadie que no sea uno de vosotros, como he dicho, deje de echarse desdeñosamente á reir cuando yo asevere gravemente que no he sido ni el inspirador ni el portaestandarte de su bien acogida candidatura, que soy acaso el único de los Académicos con voto que faltó la noche de su elección, y que no he puesto de mi parte en el encargo de contestarle á nombre de la Academia otra cosa que la resignación con que suele y debe acoger la humildad los legados de la obediencia.

Pero hecha esta declaración, más que por defenderme de nada por hacer constar otra vez mi teoría de que los hechos tienen no menos que las ideas su lógica, como efectos al cabo más ó menos remotos de la inteligencia que los preside, cúmpleme ahora declarar con todo el empuje que suelo poner yo al enunciar las verdades que defiendo, después de fríamente medi-

tadas, que en pocas elecciones como en la del Sr. Isern podían haber concurrido las circunstancias que hacen de su nombre en esta ocasión una bandera y de su entrada en esta Corporación un tema de actualidad manifiesta.

Y para que nada deje de concurrir á robustecer en mi ánimo esta opinión, me encuentro que su discurso, cuya tesis, desarrollo y elocución he conocido después de aprobado por la Academia, responde por eminente más que por directa manera (lo cual es otra prueba de lo espontáneo de esta conformidad) á lo que el Sr. Isern simboliza.

Porque los hombres no son lo que quieren ser ó lo que preferirían haber sido. Los hombres suelen ser lo que son, por misteriosos emplazamientos de la Providencia divina entre difíciles circunstancias, donde puesta en aprieto su libertad se decide por lo necesario.

Y el Sr. Isern, que á juzgar por su aspecto parece nacido para hondero balear entre las tribus guerreras de sus islas; que á juzgar por su laboriosidad parece haber nacido para benedictino; que á juzgar por su vocación metafísica parece haber nacido para especular, ha sido y es ante todo un periodista que por esta ley que acabo de señalar representa mejor que otro alguno al periodista católico de nuestros días, que atento á las necesidades del catolicismo contemporáneo tal como resplandece en las enseñanzas de León XIII, surge entre el humo y el polvo de la brecha, en lo más recio del combate, llevando en una mano, es verdad, el hierro vengador, pero ostentando en la otra la santa enseña de la paz de blancos é inmaculados reflejos, como quien no combate por destruir, sino para atraer y pacificar á los ofuscados combatientes.

¡Qué palabras acabo de pronunciar! Yo mismo estoy asustado de haberlo escrito: periodista, periodista católico además, y periodista católico á la moderna!

¡Qué rayo quedará por forjar en todos los olimpos sociales para fulminarlo sobre mi cabeza!

Periodista, esto es, miembro de esa nueva casta social que todo lo invade y todo lo perturba; socio de esa gran sociedad anónima mercantil-intelectual que monopoliza la opinión y decreta los éxitos y los fracasos en todos los órdenes de la vida contemporánea; hermano de esa cofradía laica, de esa herman-

dad secular, de ese nuevo honrado concejo de la Mesta, ante cuyos intereses son cañadas todos los ámbitos de la sociedad, desde el sagrado del hogar doméstico hasta el santuario de la Religión y el palacio de la justicia. Periodista católico, esto es, el ángel mismo de la luz esgrimiendo en el servicio de Dios las propias armas del demonio, el apagaluces oscurantista y retrógrado empleando en contra de la ciencia, la razón y la libertad las conquistas de la libertad, de la razón y de la ciencia. Periodista católico á la moderna, esto es, hereje católico-liberal, monstruo peor que los monstruos mismos de la *Commune*, adorador interesado de la hipótesis, enemigo irreconciliable de Dios, ministro fidelísimo de Satanás y oculto y disimulado masón: en una palabra, ¡*mestizo*!

Esto es lo que habéis metido en la Academia.

Gracias á Dios, como el médico deduce las causas orgánicas de la enfermedad de entre las putrideces de la gangrena, el entendimiento recoge, eleva y depura el hecho social de entre el fango y cieno del arroyo en que por necesidad se representa, y no necesitamos faltar á los respetos debidos á la Academia para estudiar con ánimo desapasionado y sereno lo que entraña y lo que encubre á la vez esa confusa gritería.

La prensa periódica, tal como ante nuestros ojos se aparece, es un hecho social de tan colosal magnitud y de tan trascendental importancia, que apreciada en sus efectos morales y materiales en todo el trascurso de su historia, apenas si encontramos con qué compararla por su naturaleza y consecuencias, no siendo con esas providenciales catástrofes que la mano misericordiosa de Dios convirtió finalmente en instrumentos ó causas ocasionales de bienes que sólo la eterna sabiduría podría prever lógicamente: como el diluvio universal, que anegó y purificó la tierra; la confusión de Babel, que confundió las lenguas y dispersó las gentes; la irrupción de los bárbaros, que disolvió el Imperio y preparó la Cristiandad; la Revolución francesa, que ahogó en sangre y cieno el antiguo régimen y puso los cimientos del nuevo, en cuya cima fulminante se eleva radiente y solitaria la Cruz, que se creyó abatida para siempre á los pies de la diosa Razón por el filo de la guillotina.

Maldecirla y rechazarla á la vez, ó adularla y hacerse esclavo de ella, son dos procedimientos absurdos ante la razón y la

justicia; reconocer y acatar el hecho indestructible, anatematizar el abuso y trabajar por convertir á la verdad y para el bien fuerzas de tan incontrastables efectos, es la obra de la prudencia. De nada sirve condenar lo que está fuera del alcance de nuestra mano; de menos sirve cerrar los ojos para no ver el peligro que nos envuelve y amenaza, y dado que no es lícito hacer causa común con él, impónese dirigirla como si penetrado en los designios de Dios nos asociásemos á su obra.

Tal es la empresa á que tardíamente, por desdicha, se empiezan á asociar, no ya elementos dispersos, sino masas sociales ya finalmente, convencidas de que nada hay de casual en la historia, de que toda revolución tiene su evolución antecedente, de que no basta la irreflexiva y obstinada negación para impedir el desarrollo de los efectos lógicos de las causas, y de que, en el mundo moral como en el material, nos está vedado dormirnos sobre los diques como sobre los laureles, pues es necesario vigilar, estudiar atentamente los fenómenos nuevos que se presentan y dar la debida importancia á toda institución ó fuerza que suscitada ó permitida por Dios pide plaza en la vida y se decide á tomarla en la historia.

Y yo, que puedo atestiguar con el testimonio unánime de la prensa periódica, que nunca he mendigado sus complacencias; yo, que puedo, con relación á la prensa, decir de mi pluma lo que el gran poeta italiano decía de sí: *Vergin di servo encomio è di codardo oltragio*, puedo decir en la ocasión presente que ninguna otra institución moderna ha preocupado más mi ánimo, ni ha solicitado más mi atención, ni ha estimulado más mi discurso que esta tremenda fuerza social que Dios ha suscitado en nuestros días, como el gran explosivo moral de la sociedad contemporánea.

¿A qué repetir públicamente aquí lo que todos nos estamos diciendo todos los días? Desde la encomiástica frase de «cuarto poder», hasta la depresiva de «tiranía de *perro chico*»; desde los altisonantes epítetos, como el de «sacerdotes de la opinión», hasta los más infamantes, como el de «envenenadores públicos», no hay oda heroica ni sátira feroz que no se haya prodigado á estas modernas lenguas de la sociedad, que, á semejanza de las de Esopo, se pueden presentar simultáneamente como acabado ejemplo de lo mejor y de lo peor de todo lo que se agita en el mundo.

Seamos francos una vez: todos, incluso los mismos periodistas, hemos abominado de la prensa, y todos, aun los más refractarios, la hemos servido, ó nos hemos servido de ella en nuestras necesidades sociales. Todos, todos la hemos maldecido por sus abusos, y la hemos utilizado por necesidad. Yo, que repito no la he adulado en la vida, lo digo muy alto aquí, la odio y la amo á la vez. La odio, porque nada más vil que la prensa puesta al servicio de la mentira y del mal; la amo, porque nada más útil que la prensa puesta al servicio de la verdad y del bien. Y no se crea que al clasificarla así aludo á la prensa de determinadas escuelas ó partidos, porque tal vez, obedeciendo la ley que consignaron los antiguos en aquellas conocidas palabras *corruptio optima pesima*, he hallado yo casi superado el ideal de la maldad periodística en periódicos que ostentaban á su cabeza la cruz, seguramente con el fin de colocar detrás de ella con más comodidades al diablo.

Pero si todos hemos de convenir en que la prensa periódica, sea buena ó sea mala en sí, ó séalo sólo según el uso que se haga de su poder, es una fuerza social de empuje incontrarrestable; si comparándola en lo moral con la dinamita en lo físico, lo mismo puede servir para demoler una ciudad que para abrir un camino, ó para explotar una mina, á nadie podrá extrañar que abominando como el que más de sus extravíos, sea yo de la opinión de aquel pensador católico que condensaba su parecer sobre la conducta de los católicos con la prensa, asegurando que si San Pablo resucitase hoy se metería á periodista; opinión cuyo desarrollo práctico he visto mantener á un respetable sacerdote, que sólo veía remedio á los males presentes de la sociedad en una orden religiosa de periodistas, y cuya fórmula autorizada acabo de ver en un diario de gran circulación, donde un ilustre Prelado de la Iglesia española no se ha ocultado para estampar las siguientes palabras: «Cuando la sangre de Jesucristo regenere la prensa periódica, resucitará la sociedad á la vida feliz.—Fray Tomás, Obispo de Salamanca.»

Aparte, pues, toda adulación servil á la prensa, que por lo que tiene de poder repugna á mi carácter, hasta en sus más remotas apariencias; después de anatematizar como se merecen sus abusos y sus extravíos, fuerza me es reconocer que el que sea periodista por deber, por amor y en sacrificio de la verdad, es

el verdadero héroe literario de estos tiempos. Porque en aquella penosísima labor diaria, constante, permanente, no interrumpida ni terminada jamás, sin los goces estéticos de la preparación, de la contemplación y del éxito, sin la fruición científica de la meditación, sin el placer vanidoso del aplauso, sin otro premio tal vez que las mayores entradas de una empresa de la que es sólo dependiente, el escritor como soldado fronterizo que canta «mis arreos son los armas, mi descanso el pelear», presta á la verdad y al bien los más útiles, los más valiosos, los más eficaces y los más permanentes, aunque los más desconocidos servicios.

¡Qué hermoso es levantarse henchido de inspiración y desbordarla sobre un auditorio estremecido! ¡Hermoso es sorprender á la sociedad culta y literaria con un libro fruto de asidua y afortunada labor y de afanosas aunque deleitables vigilias! Pero trasnochar eternamente para improvisar sobre la árida mesa de redacción el artículo diario palpitante, equitativo, feliz, y el suelto chispeante é intencionado, y la traducción esmerada y la relación exacta y precisa que al día siguiente ha de morir en el olvido, y en la tienda de ultramarinos, sin que ni el nombre del autor llegue á los suscritores de provincias, es sacrificio colosal demasiado costoso á fe para hecho en favor de una empresa, de una sociedad, hasta de una casta si queréis, y que sólo puede concebirse hecho en aras de la verdad, no de la verdad subjetiva solamente, que para eso están el estudio, la biblioteca, la cátedra, el laboratorio, ni de la verdad objetiva, metafísica y trascendental, que para nada lo necesita, sino de la verdad absoluta, infinita y eterna que recibe el nombre de Dios.

Y así ha sido periodista, á mi juicio, el Sr. Isern.

Demócrata á lo cristiano, como nacido en el seno de una familia humilde, que buscaba sus títulos en tener por modelo á la de Cristo, como fundada en la oración y en el trabajo, apenas las enseñanzas de un sabio dominico de gran fama en Mallorca le pusieron en estado de pelear, ya tomó puesto en la brecha, formando á los diez y ocho años de edad parte de la redacción de *La Constancia*, de Palma, dirigiendo dos años después el semanario titulado *La Honda*, y el periódico *El Tradicional*, fundando en Valencia más tarde la Revista cristiana *La Voz de la Verdad*, de ciencias morales y políticas, hasta que, avecindado en Madrid, colaboró en los principales diarios y revistas cató-

licas, tanto nacionales como extranjeras, hasta que, por fin, llegó á ser director del periódico *La Unión Católica*, cuyo cargo ha desempeñado durante diez años. En medio de esta incesante y árida labor, no descuidó sus estudios el infatigable periodista, y pudo cursar la carrera de leyes, aprender el latín, el francés, el inglés, el italiano, el alemán, el rumano y el griego, perfeccionar sus estudios filosófico-teológicos y reunir una selecta y copiosa librería, hecha (¿por qué callarlo, si es lo que más le honra á nuestros ojos?), á fuerza de ahorros y privaciones, y donde al par de las obras maestras del ingenio humano, campean las últimas producciones del movimiento científico de nuestros días.

No quiero yo decir de cosecha mía ni una sola palabra acerca del mérito de estas producciones, no sólo porque se tomaría como tributo obligado de la ocasión presente, sino porque contribuiría con una apariencia más á las que señalé al empezar mi discurso. Bástame sólo recordar que la autorizada publicación italiana *La Rivista internazionale di scienze sociali e discipline ausiliarie*, de Roma, después de analizar la obra *Las formas de gobierno* y de estudiarla muy detenidamente, la recomendó á los estudiosos del derecho público, «como un tratado completo de la ciencia del Estado, al cual puede acudirse con seguridad por la pureza de los principios, la abundancia de las noticias y el método científico de la exposición»; que *Das Vaterland*, de Viena, añadió que esta obra «se recomienda por la claridad del lenguaje, por la precisión lógica, por la profundidad del pensamiento, por la gran erudición así en literatura jurídica antigua como moderna, y por el cuidado con que se huye de las opiniones extremas para seguir las huellas de los grandes juristas de Europa»; y que la notabilísima revista *La Ciudad de Dios*, redactada por los agustinos, coronó su elogio diciendo: «Nos admira sobremanera que un hombre entregado á las tareas periodísticas haya tenido holgura bastante para elaborar en el secreto del gabinete y con tanto aplomo y serenidad una obra como ésta.»

Alternando con estos trabajos, y la labor periodística, cultivó el Sr. Isern la tribuna, y en la memoria de todos está aún el curso de conferencias que dió en el Círculo de la Unión Católica, las que explanó en otras varias sociedades de Madrid y en el Ateneo, las no interrumpidas jamás con que contribuye á la concordia social en los Círculos obreros, y los discursos foren-

ses con que defendió la causa de la justicia en los tribunales de imprenta, y los discursos políticos con que defendió la causa de la Religión en todo género de reuniones.

Como periodista, si fuera posible escoger, por su aparato científico al menos, pondríamos, aparte de los artículos al vapor escritos para las necesidades al día, las series de artículos que constituyen verdaderos folletos, como: *El derecho de propiedad según los escolásticos*, el *Programa de Enrique V*, *Don José María Quadrado y sus obras*, *Jesucristo*, el *Centro Católico alemán y su política*, *Protección y libre cambio dentro del orden moral y de la Iglesia*, y algunos otros sobre materias de actualidad relacionadas con las ciencias morales y políticas.

Pero lo que es más de extrañar, dado todo lo que precede, es que el periodista Sr. Isern, además de colaborar asiduamente desde su más tierna edad en trece ó catorce publicaciones, además de cursar su carrera de leyes y de aprender siete idiomas, y de sus numerosos discursos y conferencias, sin abandonar jamás sus estudios más predilectos, haya encontrado tiempo y ocasión para publicar un tomo de advertencias y consejos de Pío IX, sacados de sus discursos; para publicar, traduciéndola directamente de el alemán, la *Marialogía* de Morgott; para escribir varios *opúsculos* sobre cuestiones candentes político-religiosas y filosóficas, y para dar á luz el conocido libro sobre la *Democracia, la libertad y la República en Francia*, obra notable sobre los fundamentos del derecho público cristiano; y los dos célebres tomos sobre *Las formas de gobierno ante la ciencia jurídica y los hechos*, que son, á mi juicio, los que definitivamente le abrieron de par en par las puertas de esta Academia.

Es verdad, y á trueque de que se me acuse, tan infundadamente como otras veces, de que mis contestaciones más son de *vejamen* universitario que de *recepción* académica, no he de callarlo seguramente, que no todo son flores en la concha literaria del señor Isern, pues aparte de que há noblemente merecido todos los ilustrados apodos de neo, oscurantista y apagaluces con que suele regalar la secta de librepensadores á todo el que no piensa como ellos, ha conquistado también, con no menos dignidad y constancia, los de hereje, católico-liberal y mestizo, que le ha regalado la inagotable caridad de los santos de cierta secta que se

juzgan modestamente, no sólo los mejores, sino los únicos, entre los católicos españoles.

Pero nos complace mucho reconocer que el Sr. Isern, más afortunado que sus correligionarios en general, no ha merecido sólo dicterios, sino que ha merecido además obras enteras de doctrina publicadas contra la suya, tales como *Santo Tomás de Aquino y el moderno régimen constitucional*, y *Cartas de un filósofo integrista al Director de «La Unión Católica»*.

El haber sido objeto alguna vez de un razonamiento en lugar de un insulto ó una calumnia de parte de ciertos adversarios, hace del Sr. Isern una excepción muy notable para callada en el día de su recepción, y por eso lo consignamos.

Pero levantando el alma y los ojos á más altas consideraciones, nadie nos podrá negar que al descubrir en la hoja histórico-literaria del Sr. Isern obras fundamentales de ciencia, escritas entre el fragor de la polémica cuotidiana, se experimenta una sensación parecida á la que asalta al viajero cuando al internarse en los montes que inmortalizó la reconquista asturiana, tropieza de pronto con un monumento erigido por aquellas generaciones en medio del incesante batallar de cada día. Sólo empuñando á ratos el pico y la pala con una mano, sin desamparar la espada con la otra, pudieron aquellos heroicos guerreros legar á la Patria monumentos de su amor á Dios, amasando más bien con su sangre que con agua la argamasa que une y cementa sus sillares, y no sería tampoco difícil hallar la huella de alguna lágrima en los borradores del periodista que, obligado á escribir á diario para vivir, roba al necesario descanso algunas horas para legar á su Patria un monumento duradero de su amor á la verdad y á la ciencia. Sea de esto lo que quiera, jamás me apareció tan hermosa la fiesta de nuestra Academia como cuando se engalana como hoy, no para recibir al prócer, al ex-Ministro, al Prelado, en una palabra, al Príncipe del Estado ó la Iglesia, sino al que todavía no ha salido de la categoría de humilde y esforzado hijo de sus obras, al héroe modesto del trabajo que ha abierto surcos en su frente con el sudor, coronándose sólo con su propia mano de espinas antes que nosotros le coronemos de laureles.

Pero me he ido apartando insensiblemente de mi tema, y usto es que me apresure á probar por qué el Sr. Isern, perio-

dista, periodista católico además, y además periodista católico á la moderna, es un tema de actualidad en los momentos en que penetra en la Academia.

Todos conocéis el admirable movimiento de restauración religiosa que presenciamos. A despecho, y cuando menos á espaldas de los elementos oficiosos del catolicismo, que se creían los protectores natos de la religión y se daban aire de divinos repartiendo excomuniones y profecías, Dios, que no necesita de nadie para obrar, en medio de las más despobladas soledades y á través de las más irreparables ruinas, ha hecho circular un vientecillo sobrenatural, una como brisa del cielo que, refrescando los corazones de una sociedad desengañada, ha hecho germinar de nuevo en ellos las flores siempre vivas de la esperanza y la caridad.

El volteriano empedernido, olvidado por la misericordia de Dios entre las generaciones que se suceden, oye con espanto á sus nietos proferir palabras y oraciones que él creía definitivamente borradas del diccionario de la humanidad por la sonrisa corrosiva de Voltaire, y mira atónito poblarse de hábitos «de todos colores» los reedificados monasterios que incendió la tea revolucionaria, y saqueó la codicia economista, y demolió la barbarie iconoclasta, y regó con sangre de mártires el odio del sectario.

El regalista incorregible que creyó que la religión sólo podía prosperar á la sombra, al arrimo y bajo la tutela del trono, y utilizada como *instrumentum regni*, por el trono mismo, que hasta la podía arrojar como presa á las pasiones demagógicas, no vuelve en sí de su asombro al ver que, rota la alianza del trono y del altar, el altar se levanta sobre los escombros del trono, y cuando el diluvio cesa y las aguas recobran su nivel, lo primero que asoman son las cruces, y sólo en tanto que las mantuvo unidas y apretadas la cruz dejaron de deshacerse algunas coronas, mientras otras se disolvieron en la tempestad y fueron arrebatadas por la corriente.

El burgués acomodado y egoísta que creyó asegurado su porvenir apuntalando el Tesoro con los escombros de la Iglesia, se sobrecoge asustado al oir en el dintel de su propio hogar estallar la bomba del anarquista, y al ver lo ineficaz de la policía, de la justicia y de la ley, para enfrenar la fiera engendrada por

sus doctrinas, estimulada por su ejemplo y armada por su estupidez, saluda con corazón efusivo la aurora del nuevo día en que Dios aplaque con el rocío de su gracia el odio encendido en el corazón ulcerado de las clases desheredadas.

El sabio que desdeñó los dogmas y las instituciones y las prácticas de la religión como mitos y como supersticiones indignas ó innecesarias, por lo menos, para la fácil, cómoda, elegante y amena espiritualidad de sus sistemas armónicos y humanitarios, creyendo que á medida de su razón se mantendría sin concluir la razón lógica de los otros, recibe ya sin temor y ¿por qué no decirlo? con júbilo los salvadores refuerzos que á los últimos destellos del espiritualismo moribundo aporta el torrente de luz y de calor que irradian de las verdades cristianas y comienza ya á comprender la ineficacia de toda opinión individual para someter los apetitos de los más á la conveniencia de los menos.

Y el hijo del pueblo, el obrero manual, el eterno explotado por los que le adulan, cansado de servir de carne de cañón en la barricada y de escabel á la ambición ajena, fatigado de verse engañado por el seductor que le presenta como verdugo al sacerdote para hacerle víctima de sus tiranías sectarias, empieza á oir; más que oir, á ver; más que á ver, á tocar, que esa religión que le presentaron como su mortal enemiga, es la única que, á despecho de toda blasfemia y de toda atrocidad, vuelve amorosa sus ojos sobre sus miserias, vierte compasiva su llanto sobre sus dolores, unge caritativa con su bálsamo sus llagas y le toma sobre sus hombros, apretándole con sus brazos contra su corazón, para consolar sus tristezas sobre la tierra y llevarla á sus alegrías sobre los cielos.

No es esto decir que la impiedad haya retrocedido en su obra de descristianización de la sociedad, de secularización de la vida y de ateocratización en todos los órdenes conocidos; antes bien puede decirse que nunca como hoy se esfuerza en sacar las últimas y más prácticas consecuencias de sus eternas negaciones, sino que sucede hoy algo que nos recuerda lo que bajo el velo alegórico de la figura sucedía con los cautivos de Israel entre los muros de Babilonia. Mientras los judíos carnales esperaban la restauración de su ciudad y de su templo hecha á caballo por el vencedor entre los esplendores del triunfo, el profeta del Lago de los Leones recibía del cielo la predicción de que el templo

sería restaurado como la ciudad, por donde y como menos se esperaba, entre los peligros de la lucha y las angustias de los tiempos: *angustia temporum*, como dicen las Escrituras.

Y entre esas angustias nos hallamos: toca hoy sus últimos límites la impiedad en Religión, en Filosofía, en Derecho, en Política, en Economía, en Historia, en Arte y en Literatura, en todos los órdenes de la vida social. Ni uno solo de los antiguos murallones que antes protegían á la cristiandad se halla en pie. El diluvio ha derruído sus fundamentos, y las aguas corren como por interminables llanuras por encima de las cúspides de los montes más elevados, puestos por la Naturaleza y por Dios como linderos infranqueables entre la vida y la muerte..., y, sin embargo... aquella Arca que, á semejanza de la de Noé, saludaba llena de esperanzas el ilustre orador cristiano, flotando sobre las aguas del diluvio de la democracia moderna, y que se creía naufragada ya para siempre porque la ocultó á nuestra vista una ola mayor que las demás, vuelve á aparecer en el horizonte, y los náufragos, errantes entre los horrores del abismo, pueden contemplar en su centro, puesta la mano en el timón, la figura del Pontífice venerable que hace navegar con su hábil serenidad, señora de los vientos y de las ondas, la barca insumergible de Pedro.

Grande, sublime, magnífica, esplendorosa por demás es la obra de este Pontífice, suscitado inesperadamente por Dios en los días críticos que atravesamos; ella justificará á los ojos de la posteridad y de la historia el lema profético que le designó antes de aparecer en el mundo «como luz venida del cielo para iluminar á los hombres». Pero si grande es esta obra del Pontífice León XIII, grande y consoladora para todos, ¿qué no lo será para aquellos que tuvieron la dicha de presentirla, de inaugurarla, por decirlo así, en su modestísima esfera, de ser como los precursores inconscientes de este Vicario de Cristo que corona con sus éxitos y su autoridad sus humildes indicaciones?

Elevar pura y serena la religión sobre todo interés y compromiso humano; informarla y fundamentarla con la perenne filosofía de Santo Tomás, depurándola de toda exageración y de toda ingerencia extraña; hacerla descender sobre la realidad para mantenerse á su alcance, pero sin mancharse con ella; servirla con las armas de la razón y de la ciencia, de la civilización y del progreso, de la libertad civil, política y social en sus acep-

ciones legítimas; preferir el apostolado de la multitud al halago de los poderosos; irse derecho al corazón de la sociedad y á las entrañas del problema, sin más medios que la verdad y el amor; convocar en uno todas las fuerzas del bien aletargadas y dispersas por exclusivismos sectarios; desarmar las prevenciones seculares con la sencillez y la pureza en la intención, en la palabra y en los actos; poner, en suma, la vista en Dios y el corazón en la humanidad, al propio tiempo que los pies en la tierra, ha sido y será, en el fondo, la obra de todos los grandes Pontífices del cristianismo; pero lo es más especialmente, por razón del tiempo en que se realizó, la obra de León XIII..., y el mismo Dios que la inspiró divinamente á los augustos vicarios de su religión, y al Santo Pontífice de su Iglesia, se dignó en su bondad inagotable señalarla, aunque por más humilde manera, como el camino mejor para llevar las almas á la verdad, á los pobres, oscuros y modestos obreros que en estos momentos personifica el Sr. Isern: el Sr. Isern, católico ultramontano, contra toda clase de cesarismos; el Sr. Isern, católico escolástico, contra toda clase de racionalismos y tradicionalismos; el Sr. Isern, católico conservador, contra toda clase de radicalismos; el Sr. Isern, católico en toda la extensión doctrinal de la palabra, contra toda clase de individualismos y socialismos; el Sr. Isern, director de *La Unión Católica*, en fin, contra todos los integrismos y pesimismos y regalismos y exclusivismos sectarios, que la Providencia ha hecho venir aquí para suceder al Padre Zeferino, contra lo intentado por todos, y ser apadrinado por mí, por espontánea deliberación de nuestro venerable presidente.

Y hé aquí por qué me he permitido decir que era un tema de actualidad la entrada del Sr. Isern en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Bien lo habéis podido observar al escuchar la lectura de su discurso: sin intención, sin acuerdo, sin propósito deliberado; atento sólo á exigencias de la propia especulación y de los respetos debidos á la Academia, el Sr. Isern ha escogido un tema apartado por su elevación, pero estrechadamente unido á despecho suyo, por su relación lógica y fatal, con la cuestión de que os hablo. Si la ciencia política es ciencia de aplicación, y tiene que tener en cuenta los hechos, y éstos han de conocerse por experimentación, ¿qué queda de esos falsos apriorismos que,

como si sólo se tratase de aplicar un molde de acero á una masa de cera á impulsos de un irresistible motor, condenan, y nada menos que al infierno, á todo el que no se asocia á su ridícula labor de imponer con su solo brazo á toda una sociedad (y dirigida por Luzbel, según ellos) la forma jamás usada que imaginó en sus entusiasmos neófitos quien da pruebas de lo sólido de su convicción, pasando rápidamente de uno á otro extremo en la escala de las afirmaciones políticas, según es la suya, ó la de otro, la mano que ha de convertir por decreto en un paraíso la tierra?

No, ya lo he dicho en otra ocasión: jamás fueron estas las grandes enseñanzas cristianas; esa hipótesis que sirve de recreo á la ilustración de los sabios de las dos Grecias (la de la derecha y la de la izquierda), es la eterna fundamentación del derecho público cristiano sobre que está aún cimentada la Europa, y en ellas descansan las doctrinas de Aristóteles y Platón, de San Agustín y Santo Tomás, de Suárez y de Soto, y en realidad, de todo tratadista serio de ciencia social y política. El Padre Zeferino, á quien más que otro alguno tenemos que recordar hoy por ser el día en que se admite á su sucesor, con aquella mirada escudriñadora de lince y del águila á la vez conque perforaba las cuestiones, trazó por soberana manera los límites infranqueables de esta cuestión al tratar de la escuela histórica y filosófica, y yo no creo merecer su póstuma reprobación si elevándome raudo á las mayores alturas, estampo aquí estas improvisadas palabras: la distinción entre la tesis y la hipótesis es tan fundamental, que hasta la hallamos en Dios, en el seno del más arduo problema teológico. Yo someto humilde y respetuosamente esta opinión al fallo de los grandes doctores contemporáneos: ¿es que no puede decirse que la voluntad antecedente de Dios es la tesis, y la hipótesis la consecuente?

Pero dejemos esas vertiginosas alturas, bajemos á esta realidad más modesta y dígasenos si cabe contradecir, no siendo con bufonadas de gacetilla, que el artista para crear, el médico para curar y el político para gobernar, no tienen que tener en cuenta la materia, el enfermo y el pueblo á que tratan de dar forma, salud y prosperidad.

Hubo unos locos, furiosos por más señas, es cierto, que creyeron que mediante la guillotina se podía cortar por el patrón

pseudo clásico de sus pedanterías de colegio á una Nación contemporánea. Lo que cortaron fueron sus propias cabezas al fin, y ésta fué la única cosa cuerda que hicieron. Si otros locos pudiesen llegar á fundar una inquisición, serían cosa de ver sus luchas por arrojarse mutuamente en la hoguera.

Las fuerzas católicas de la sociedad que se aislan y se apartan de la vida real son astros que giran fuera de la órbita de nuestro planeta; por grande y majestuosa que sea su proyección no influirá para nada en los destinos de la tierra; para ejercer influencia y para dar impulso y para dejar huella en la realidad, hay que estar en contacto con ella, y de nada le hubiera servido á Miguel Angel su maravilloso cincel si lo hubiera tenido apartado eternamente de la piedra ó del mármol que estaba destinado á inmortalizar. Cualquiera fuerza individual, por mezquina y por pasajera que sea, tendrá más fuerza que ellas, porque obrará sobre la realidad... y su ausencia, su retraimiento de la acción será sólo una fuerza negativa... en cuanto priva de ideas, de norte, de rumbo y de dirección á las fuerzas conservadoras.

Por eso lo que es en Italia una arma suprema de destrucción, de tiránicas usurpaciones que amenazan la vida libre de la Iglesia, es en las demás partes un delito de lesa sociedad que hace cómplices de la revolución á los elementos cristianos.

Se nos dice que vida real es también la vida contra el Estado, y á eso ¿qué podríamos contestar? ¿Cómo lograr hacerse entender de los que llaman vida á la muerte?

¡Que muerte es, olvidando todas las prescripciones del derecho natural que no prescriben ni en el momento heroico del martirio, erigirse en paria de la sociedad, declararla guerra perpetua por lo impotente, condenar por faccioso á la esterilidad todo esfuerzo en aras de la verdad y del bien y renunciar á penetrar en el puerto dando bordadas, porque es imposible penetrar en él en contra de los vientos y de las olas!

Para fundar y propalar tamañas aseveraciones, fuerza es erigirse en Pontífice universal de toda clase de aberraciones y absurdos, cooperando, aunque por opuesta manera, al logro de la impiedad, no sólo en cuanto priva de combatientes á la causa de la religión, sino en cuanto justifica, al obrar así, sus más injustas acusaciones.

La impiedad moderna, plagiando á la impiedad antigua,

había logrado hacer del Cristianismo una abominación denunciada al odio del género humano. Los esfuerzos de todos los apologistas católicos se encaminaron á demostrar lo falso y ridículo de tales imputaciones. Los esfuerzos de los apologistas de hoy, á que nos vamos refiriendo, se encaminan, por el revés, á hacer gala de todas ellas. En su entusiasmo guerrero, recogieron la acusación como un guante, y se revistieron con él la mano con que esgrimían la pluma. Lo que era infame caricatura hecha en escarnio y para difamación, lo aclamaron como retrato y se pavonearon con él, y fué preciso que la Iglesia, volviendo por los fueros de la verdad, restableciera el eterno sentido de sus salvadoras doctrinas, merced á las cuales el católico de la edad moderna, como el cristiano de las primeras edades, no necesita abominar de la razón para ensalzar á la fe, no necesita trastornar el orden civil para establecer el orden religioso, no necesita destruir la naturaleza para perfeccionarla con la gracia, no necesita convertirse en anarquista internacional para brillar con la práctica de todas las perfecciones cristianas, bastándole, para atraer y convertir y redimir al mundo, una cruz, sin añadirle los privilegios de ningún régimen, los títulos hereditarios de ningún pretendiente, ni menos las listas de suscrición de ningún periódico.

En eso se diferencia después de todo la gran civilización europea de toda civilización oriental, y de toda barbarie occidental, y de todo salvajismo humano: en un ideal permanente, en una aspiración constante al ideal, en una adaptación inteligente á los medios adecuados para realizarlo. Ahora bien; para que este ideal, para que esta aspiración y para que esta adaptación no degeneren y se corrompan ó disipen, es indispensable la autoridad viva, el custodio fiel, el propulsor diligente de la verdad, secundado y obedecido. Sólo con esta condición se verifica el progreso, sólo con esta condición se libran las sociedades de la inmovilidad oriental ó de la decadencia occidental que señala la filosofía de la historia en el mundo.

Y cuando el supremo director de los intereses cristianos, colocado en lo alto del observatorio natural que su misma posición le ofrece, y después de recorrer con lenta y penetrante mirada todos los ámbitos de la tierra, tras larga y serena meditación, implorados los auxilios divinos, señala un rumbo y una

dirección, de acuerdo con las grandes tradiciones cristianas, á las fuerzas vivas de la Cristiandad, ¿no es hacer acto de revolución retropulsiva, de inmovilidad estacionaria, de decadencia salvaje, anteponer sus odios ó prevenciones personales, su juicio ó interés particular, ó sus individuales caprichos, á la decisión de la autoridad y á la armonía de los organismos sociales?

Por fortuna, toda tentativa de rebelión está condenada al fracaso por su providencial impotencia. La fuerza moral del Pontificado tiene en su apoyo la fuerza natural de las cosas. Las banderías pasarán como sombras, y sus gritos se perderán como ruidos confusos en el espacio ante la marcha ordenada y universal de los ejércitos regulares del catolicismo. El problema social llama muy alto y muy fuerte á nuestros oídos, para que nos dediquemos á escuchar las lucubraciones fantásticas sobre los equívocos del liberalismo. El problema económico nos apremia con demasiada urgencia y necesidad, para que olvidemos las instancias de la competencia internacional en la lucha por la vida de las Naciones y continentes, ante cuestiones de familia. La conciencia social ha formado ya su composición de lugar, su juicio y su criterio sobre toda clase de escuelas y de partidos, y por encima de todas las voces aisladas de los intereses particulares resuena imponente la voz de trueno de la realidad, que es el eco de la voz augusta de Dios que llama á la unidad de los pueblos, y ante el solemne desfilar de las instituciones y de las gentes que, emplazadas por los nuevos problemas, evolucionan bajo la altísima dirección del supremo organizador de todas las sociedades, se pierden ó se desdeñan por lo imperceptibles ó ineficaces, las interminables protestas, que, como monótona cantilena, arrullan el sueño intelectual del oráculo que las formuló, á manera de supersticioso conjuro.

Así, pues, saludemos en el Sr. Isern, antes que todo, uno de los soldados de fila de la vanguardia de la Iglesia, que marcha á la pacificación del universo, al grito de: «gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Saludemos en él al héroe oscuro del periodismo, que condena á ruda y anónima labor sus más pertinaces esfuerzos. Saludemos al incansable apóstol de la verdad religiosa, que busca en la prensa la formidable palanca con que impulsar al mundo por el camino de la verdad y del bien. Saludemos al hijo sumiso y fiel

que oye y secunda las enseñanzas de su madre en vez de abrogarse su dirección, ó de contrariar sus designios, ó dedicarse á la ingrata tarea de torcer y desfigurar eternamente su palabra.

Y al saludarle á él, no olvidemos que en él saludamos á su antecesor, al inolvidable fraile Dominico, al gran filósofo español que no podrá menos de ver alegre desde el cielo, que al despojar del fúnebre crespón el sitial en que tomó asiento en la Academia, lo hacemos para que le suceda en él un hermano suyo en religión, un discípulo suyo en filosofía, uno de los porta-estandartes, al fin, de aquella santa cuanto calumniada *Unión Católica* que nació bajo su inspiración, con su dirección y con su aplauso, y en la que sólo veía el remedio á los males de la religión y á las desdichas de la Patria.

Porque hubo un día, que yo no podré olvidar aunque viva siglos sobre la tierra, en que con su mirada caudal abarcó los horizontes del porvenir de la Iglesia y de la Nación española, sintetizó en dos palabras (prodigios de condensación de que eran tan avaros sus labios) la fórmula de nuestro estado social, levantó nerviosa y rígidamente su mano señalando imperiosamente el camino..., y después, alzando los hombros con aquel gesto de austeridad habitual, sumiendo entre ellos como agobiada su cabeza y lanzando centellas de vivísima luz por sus dos ojos entreabiertos... me predijo el *misterio de iniquidad* de que sería víctima la *Unión Católica*, la resultante de mi labor en las realidades de la vida, las evoluciones respectivas de las distintas fuerzas religiosas, el itinerario, en suma, de mis jornadas de soldado de la verdad, en pos de la victoria de mi bandera.

Cuando el Sr. Isern se lamentaba, al terminar su discurso, de que el Padre Zeferino no hubiese dejado escrito el tratado de aplicación de la política cristiana á la España de nuestros días, surgía como una evocación ante mis ojos la austera y sombría figura del religioso español en aquel momento sublime, cuando interrogándole yo sobre las consecuencias irreductibles del estudio de las causas de la decadencia de la Nación española, y de los remedios para devolverle su paz, su gloria y su grandeza, dejó caer confundidos al suelo todos los programas, credos y fórmulas políticas de las distintas escuelas y partidos que blasonaban, como modernos arbitristas, de poseer la panacea religiosa política y social en sus instituciones y en sus hombres, y elevando sus ojos al

Crucifijo que, presidiendo los oráculos de la razón humana, pendía en las desnudas paredes de su celda, pronunció con acento reconcentrado y profundo aquellas inefables palabras: «*Querite primum regnum dei et justiciam ejus et hec omnia adjicientur vobis.*» Lo que aplicado en la política española con el eterno imperativo de la prudencia, era todo un *programa de principios, de fines* y *hasta de procedimientos.*

Ex. RS
6/21/12

HARVARD LAW LIBRARY

FROM THE LIBRARY
OF
RAMON DE DALMAU Y DE OLIVART
MARQUÉS DE OLIVART

RECEIVED DECEMBER 31, 1911